7.

LA BÉTICA.

REVISTA MENSUAL.

CIENTIFICA, LITERARIA, ARTISTICA É INDUSTRIAL.

N.º 4.º

15 DE JUNIO DE 1862.

SUMARIO.

SEVILLA.
Imprenta de EL PORVENIR, calle de las Sierpes núm. 43.

Vista la grande acogida de esta Revista, no solo en España sino que tambien en las principales capitales de Europa, aumentamos en obsequio de nuestros suscritores en el presente cuaderno el número de las páginas, como observarán nuestros lectores.

UNA SESION

DE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

(**Traduccion**).

La Academia de Buenas Letras de Sevilla, de la misma manera que todas las Academias, no fué en su orígen mas que una reunion de hombres de talento y de saber, que á mediados del siglo pasado habian acordado reunirse para disertar entre sí sobre libros y sobre sus autores. Para garantir su asociacion de los caprichos individuales que hubiesen podido comprometer su union y duracion, la sometieron á ciertas reglas que despues presentaron á la sancion de la Corona. Fernando VI las aprobó y expidió una real cédula el 6 de mayo de 1751 que esto sancionaba, estendiendo el Rey su proteccion á la naciente Academia, concediéndole por otro real decreto del 19 de julio del mismo año la autorizacion para celebrar sus juntas en uno de los salones de su Real alcázar.

La Academia debia en parte estos favores, que pueden llamarse real adopcion, á los buenos oficios de un ingenio

de aquella época, el cual veinte años antes, habia enriquecido á España con la Academia de la Historia, don Agustin de Montiano y Luyando, cuyo nombre es hoy mas conocido que sus obras, pero que ha merecido la fama que goza de hombre de bien y distinguido literato.

La Academia de Sevilla, fundada bajo tan felices auspicios, se entregó desde luego á sus trabajos, prosiguiéndolos hasta Noviembre de 1807, época en la que destruyeron las llamas parte del ala del edificio que con tanta complacencia les habia cedido el Rey, y la invasion francesa, acaecida al siguiente año, halló á sus miembros dispersos y como es de pensar, no se cuidó de reunirlos.

Podíase suponer que, suspendida doce años hacía, habia cumplido su destino, cuando en el mes de setiembre de 1820 algunos de sus miembros que aun existian, intentaron con generoso esfuerzo, hacerla revivir en las mismas condiciones y las mismas reglas que antes la rigieran.

Empezó entónces para ella una nueva era de vida tranquila, dulcemente animada hasta el dia en que el capricho de un Alcaide tan poco amigo de las Letras como el incendio, la volvió á espulsar del palacio que le habia abierto la Real mano de Fernando VI; y recuerdo que un dia en que entré en el Alcázar ví en el salon hacia poco ocupado por la Academia y cercanas á magníficos trozos de estátuas romanas extraidas de las ruinas de Itálica y que hoy se hallan en el Museo, dos burras de leche amamantando á sus crias. ¿Cómo no me recordó este encuentro las alegres chanzas de nuestros soldados del ejército de Egipto tocante á otra Academia mas famosa y á la que el César futuro de la República francesa habia tenido á honor pertenecer?

Despues de hacer inútiles esfuerzos para recuperar el

albergue que le habian concedido los Reyes, la Academia admitió con gratitud el que le brindó su docta hermana la Academia de Medicina y Cirujía, donde se halla hoy dia, apesar de que un decreto de la Reina fechado en 8 de junio de 1859 le abrió de nuevo las puertas del Alcázar.

Nada diré del régimen interior de la Academia de Sevilla, pues todas las Academias se parecen mas ó menos en su organizacion, en el objeto y division de sus trabajos, en el número y eleccion de sus sócios, y porque se puede ver todo esto en los anales de la que vamos tratando. Ceñiréme, pues, á citar algunos nombres célebres de que puede vanagloriarse.

Al año siguiente de la fundacion de la Academia, es decir en 1752, hallo inscrito en la lista el primero, y bien merecia estarlo, al mismo don Agustin Montiano Luyando, que habia sido introductor suyo para con Fernando VI y que además de ser un poeta apreciable, compuso artículos críticos que han conservado mas interés que sus poesías.

Tres años despues, en 1755, veo inscrito el nombre de Vicente García de la Huerta, autor de la tragedia corneliana Raquel, poeta caprichoso, lleno de contradicciones, de las cuales no es la menor la de haber hecho una tragedia clásica con el fin de atraer el teatro español á su orígen y manera nacional.

Diez años despues, en 1757, veo aparecer la burlona figura de D. Ramon de la Cruz, poeta desigual é incorrecto, pero lleno de ingenio y naturalidad, de *vis cómica* y de exacta observacion, que tomando en su orígen al sainete popular, le dió su forma clásica haciendo de él un género nuevo, en el que descolló el primero, abriendo anticipadamente la vía en que Moratin debia hallar *El sí de las niñas;* pero él, pintor de tipos y costumbres del vulgo no habria alcanzado á hacer una verdadera y

cumplida comedia, como, quizas con menos génio que él, llegó á lograrlo Moratin una ó dos veces.

Al año siguiente D. Cándido María Trigueros, poeta de cierto mérito, pero al que no perdonaré nunca (celebro la ocasion que se me brinda de decírselo, así sea la España tan severa como yo, y sus grandes poetas se lo agradecerán) haber hecho víctimas á los grandes maestros del teatro español de las sacrílegas mutilaciones que se apellidan en la tecnología del oficio *refundiciones*. ¡Cuánto no se ha dicho y escrito en Francia contra el malhadado Marmontel, por haberse atrevido á suprimir y modernizar algunos versos de Corneille ó de Rotrou! ¡En Francia al menos la crítica vigila cuidadosamente sus obras maestras; es nuestro modo de entender y practicar el refran español: «No toqueis á la Reina.»

En 1770 la Academia llamaba á su seno á Iriarte, poeta superior en una sola de sus obras, que tiene esa semejanza mas con Florian su feliz imitador cuyas fábulas son la única obra suya que ha seguido siendo popular.

Despues de los escritores mencionemos los ministros de la Corona. Hallo primero en esta honrosa lista los nombres de Campomanes y de Floridablanca.

Volviendo á los literatos hallo inscrito en ella en 1790 á D. Juan Antonio Llorente, que empezó por ser secretario de la Inquisicion, y que andando el tiempo habia de constituirse en historiador y acusador de ella.

En 1791 acogió la Academia á D. Juan Pablo Fornen, distinguido magistrado y satírico vigoroso que ha introducido en el castellano una concision enérgica, aunque algunas veces á costa de su hermosa claridad y de su límpida armonía.

Desde 1801 ocupa Lista su puesto en el sábio é ins-

pirado coro. Don Alberto Lista, el maestro de la actual generacion, poeta elegante, sublime una vez en su oda á Cristo, y ante todo defensor de las sanas doctrinas literarias.

Tres años despues vino á ocupar su puesto al lado de Lista don Félix José Reinoso, autor de la *Inocencia perdida*, precioso resúmen del Paraiso perdido, pequeña Epopeya con proporciones de Égloga que ha sido compuesta dos veces, una por Reinoso y otra por Lista, en concurso involuntario y de cuyos trabajos al mismo asunto ha podido ser preferido el del aquel al de este, sin que la síncera amistad de ambos poetas se resintiese de ello.

Vienen despues otros dos ministros, el Marqués de las Amarillas que á los consejos de la Corona asistió con Martinez de la Rosa, y el Conde de Ofalia, que fué embajador en Francia ántes de ser colocado al frente del gobierno de la Península.

Existe una escelente costumbre en la Academia Sevillana, y es que los miembros que la componen diserten por turno sobre un asunto que pueden elegir á su alvedrío y sea este moral ó literario, histórico ú económico, puede siempre el orador contar con un auditorio atento y benévolo.

Para dar idea de una de estas sesiones elegiré la en que el Marqués de Cabriñana hab ia anunciado que tomaria la palabra para hablar sobre el gran poeta don Luis de Góngora. El interés particular que ofrecia esta sesion consistía en que el orador era el último sobrino nieto del poeta. El título de marqués de Cabriñana pertenece desde siglos á esa familia, y el cuarto hermano del poeta, de quien desciende el actual Marqués, lo llevaba ya en aquella época. Habita este por lo regular la antigua casa de sus antepasados en Córdoba; ha sido educa-

do con esmero, habiéndole hecho seguir carrera un padre previsor, cual si no hubiese tenido que dejarle su título y sus posesiones. Andando el tiempo pudo llevar con desembarazo su representacion y sus negocios, el que con desembarazo habia llevado la toga de abogado, y habia representado honrosamente su distrito en las Córtes.

Estaba pues ansioso por saber cómo el Marqués de Cabriñana, el que es tambien un poeta distinguido, hablaria de aquel génio singular que despues de haber encantado á sus contemporáneos con obras tan puras como bellas, al fin de su carrera se atreve á recordar que es compatricio de Lucano y emplea su singular talento en estraviar la musa española por senderos oscuros y difíciles, dejando á los que le sucedieran una escuela de decadencia en que aun los mejores se han estraviado á veces, y de la que aun se resiente el Parnaso Español y no se ha purificado del todo.

Tenia empeño en ver la parte que concederia á los grandes principios del arte y de la crítica un biógrafo tan parcial, y en fin lo que despues del trascurso de siglos pudiera hallarse aun del alma y de la mente del tio abuelo en la palabra del sobrino nieto.

La sala en la que celebra la Academia sus sesiones es pequeña, pero tiene una sencilla elegancia. En el frente sobre un estrado poco elevado está la mesa. En la pared está colocado un cuadro de la Vírgen y á su lado el del gran Arzobispo de Sevilla San Isidoro, varon ilustre, no menos por santidad que como elocuente Padre de la Iglesia de España: á derecha é izquierda se hallan el retrato de la Reina y el de Fernando VI. Otros retratos mas modestos adornan las paredes: generales, marinos, magistrados, eclesiásticos que fueron distinguidos literatos y progenitores de la Academia.

Mientras no suena la campanilla del presidente los sócios se agrupan y pasean; se habla, se discute y se fuma. En España el cigarro se halla en todas circunstancias y actos; algo faltaria sin él; si no fuese por él las sesiones de esta Academia serían idénticas á todas las demás de Europa.

Dada la señal por el Presidente, los grupos se deshacen, los cigarros se tiran y cada cual va á ocupar su puesto á derecha é izquierda en las banquetas por órden de antigüedad; no hay sillones sino para los miembros de la Junta de gobierno. El Presidente antes de sentarse abre la sesion con una oracion en latin; en España nada se mira con indiferençia y las cosas todas tienen su peculiaridad ú objeto. Esta oracion implora para los que allí asisten, y que la siguen de pié asociándose á ella, la salud del alma y la del cuerpo mediante la doble invocacion de la Inmaculada y de San Isidoro, el gran doctor de Sevilla que merecia de derecho ser invocado por la Academia.

Léese y se aprueba el acta de la sesion anterior, y se concede el uso de la palabra al Marqués de Cabriñana.

El Marqués de Cabriñana, D. Ignacio Martinez de Argote (este apellido es el primero del poeta Góngora), es un hombre que no tiene aún cuarenta años. Alto y rubio, parece mas bien que á la raza andaluza, pertenecer á la flamenca por algun tiempo mezclada con ella, y cuyo tipo se halla en algunas familias, así como sus blasones en mas de un escudo.

La fisonomía del Marqués es franca y simpática; su aire lleno de distincion; sus maneras nobles y modestas á un tiempo; su mirada dulce y espresiva; difícil es, pues, parecerse menos en la expresion del conjunto á Luis de Góngora: no obstante, hay algo en la noble re-

gularidad de las facciones que recuerda exactamente las de aquel.

He dicho que el Marqués de Cabriñana era poeta, pero aun no ha coleccionado sus producciones. Distínguense en lo general por un carácter elevado y religioso y por una natural elegancia. La mas sobresaliente entre ellas es un canto épico á la conquista de Córdoba que tiene por héroe al Rey San Fernando y á uno de los antecesores del poeta Ignacio Martinez de Argote.

Esta composicion de entonacion firme y sostenida, fué premiada en Córdoba misma en un concurso de juegos florales, en los que se le juzgó digno de la caléndula de oro. Estos juegos florales se han puesto de moda de algun tiempo á esta parte en el mediodia de España.

Entre las poesías del Marqués de Cabriñana esparcidas en Revistas ha llamado mi atencion un *Recuerdo de amor á Dorila* y un *Sueño* que recuerda la inmortal leyenda de Salomon, de Sesóstris y de Hércules, que buscando su senda al comenzar su existencia se ven solicitados alternativamente por la ambicion, el amor y la sabiduría. En esta composicion el lugar, y la verdad en el modo de presentar la idea la rejuvenecen del modo mas feliz. El poeta nos transporta á sus montes de Córdoba, en los que con desatentada carrera persigue al javalí y al ciervo. Se detiene y se duerme junto á su montura cubierta de espuma y sus exhaustos lebreles, al pié de una hermosa encina, entre las olorosas flores de la sierra. Pero de estas poesías sueltas voy á traducir un soneto á Góngora, obra de amor filial, que es en este soneto tan elegante como sencillo.

De ardiente inspiracion génio fecundo,
orgullo y gloria de la hispana gente,

ciñe lauro inmortal tu noble frente,
tu fama es grande como grande el mundo.
¡Ah! yo te miro en tu anhelar profundo
beber ansioso en la Castalia fuente
las purísimas aguas que á tu mente
dieron vuelo gigante y sin segundo.
Allí cantaste á Angélica y Medoro,
los claros timbres de la patria historia
con resonante voz y lira de oro.
Mas ¡ay! que al esplendor de tanta gloria,
al hallar de tus restos el tesoro
no encontré *ni una piedra á tu memoria.*

Pero volvamos al orador. El asunto que habia escogido ó que felizmente le imponian su nombre y las circunstancias era de los mas vastos. El intento que Góngora puso por obra no parece á primera vista sino un episodio contrapuesto á la historia de la poesía española; pero examinándolo se vé muy luego que toca en el fondo mismo del génio de la nacion. Calidades y defectos, todo en Góngora pertenece á España, no hay ninguno de sus grandes poetas que haya dejado de tener algo de Góngora. El mismo Cervantes que en su Quijote parece haber combatido mas que á la caballería andante, lo que habia de exajerado en la imaginacion de su pais; Cervantes cuando escribe en verso no se halla mas exento que otros de afectacion y falso buen gusto. Muy pocos poetas hay, repetimos, que no dén alguna vez pábulo á que se les diga lo que decia Quintilano á otro español cordobés á Séneca: *dolcibus abundat vitiis.*

El Marqués de Cabriñana empezó por bosquejar á grandes rasgos la historia de la poesía española desde Mena á los innovadores Lope de Vega, Góngora y Quevedo; demostró despues cómo habia dos hombres en Gón-

gora ó mas bien dos poetas; el uno educado en la escuela de sus ilustres antecesores, dócil á sus ejemplos cuanto lo permitia el génio creador y enérgico que no toleraba ser imitador de nadie al autor de tantos preciosos romances, de tantas letrillas llenas de chispa, de tantas canciones atrevidas; el otro reformador vicioso, que como acometido de repentino vértigo acusa á la admirable habla que él mismo ha fecundado, de impotencia, y para darle nueva vida la trata como trataron á su padre las sacrílegas hijas de Pelías, es decir que la destroza para reunir despues sus esparcidos miembros, la pone en la tortura haciéndola sufrir inversiones forzadas; la mezcla de nuevo, despojando las antiguas voces de su natural significado, la adorna de imágenes incoherentes, la ilumina con colores que hieren la vista, hace algo en fin semejante á la reforma, que Ronsard, con menos génio es cierto, pero con mas razon en ocasiones, habia intentado en Francia. Denomínase este nuevo género *estilo culto*, y la escuela que lo introdujo *Culteranismo*, como si hasta entonces la musa española hubiese hablado por boca de Garcilaso y otros un idioma vulgar ó grosero.

Mas para tales novedades necesario eran nuevos nombres, supuesto que para caracterizar una escuela que todo lo trasformaba era preciso mudar el sentido hasta de la palabra que debia servir para designarla.

De ahí procedió una guerra, pues que la palabra contienda no basta á calificarla, que duró un siglo entero, y en la que, ¡cosa estraña! se encuentra Lope de Vega en el partido moderado, y entre aquellos que no quieren (así se espresa el mismo Lope) que con esas trasposiciones, cuatro palabras afectadas, seis palabras latinas y algunas frases ampulosas se eleven errados ingénios á alturas en que ellos mismos no se entienden. Pero los mis-

mos que al principio se habian mostrado los mas rebeldes á la reforma, á la larga se dejaron arrastrar por ella, y Lope de Vega, Quevedo, Jáuregui y otros muchos escribieron en estilo culto. Consistió en que esta reforma, además de lo que tenia en sí de simpática para el génio español, merced á sus bruscas sorpresas y propension á lo maravilloso, introdujo porcion de expresiones felices, de giros ingeniosos, muchos giros poéticos, que parecieron de tal suerte pertenecer de derecho al tesoro comun, que aun hoy dia se estraña que su mision halláse tantos obstáculos y levantase tanto escándalo.—Pero ¡y qué! pasó la turbia arriada, y los granos de oro han quedado en la arena de la ribera.

La biografía del poeta era el comentario natural de su obra. Sus mas mínimos pormenores adquirian en boca del Marqués de Cabriñana un interés lleno de novedad. Todos los hechos que referia eran conocidos, y no obstante en la manera como él los presentaba, se percibia como un perfume de antiguos manuscritos sacados del olvido.

Contó pues, cómo Góngora que nació en Córdoba el 11 de julio de 1561 y en la misma calle, segun se dice, en que quince siglos antes habia nacido el poeta Marcial, fué enviado á los quince años á la universidad de Salamanca. Esta grande escuela estaba entónces en todo su esplendor y el jóven andaluz aprendió cuanto en ella se enseñaba, incluso la esgrima, de la que se acordó demasiado, siendo una ciencia que estaba demas entre las requeridas para un futuro canónigo. A la sombra de aquellos doctos claustros escribió sus mejores poesías críticas y satíricas. Esto esplica porqué no se ordenó de sacerdote sino á la edad de cerca de 45 años. Fué necesario aguardar á que se apaciguase el

ruido que habia causado un duelo escandaloso en el que sonaba su nombre.

Este ruido, ese duelo y escándalo, unidos á su génio altivo y poco adulador, esplican porqué despues de larga permanencia en la córte y apesar de muchas solicitudes Góngora al volver á Córdoba no trajo sino un beneficio simple, y eso gracias á poderosas protecciones. Mas adelante, apesar de esto, tuvo el Duque de Lerma bastante influjo para lograr que se le diese el título de Capellan de honor de Felipe III y á dos sobrinos suyos el hábito de Santiago.

Los dias aciagos parece que habian pasado, supuesto que en 1626 es designado para acompañar á Felipe IV en su viage á Aragon, y que durante una grave enfermedad que sufrió, fué objeto de afectuosos cuidados por parte de la Reina doña Isabel de Borbon.

Pero esta enfermedad le destruyó, perdió de sus resultas la memoria y era solo la sombra de lo que habia sido, cuando regresó á Córdoba para morir allí aislado, el lúnes 23 de marzo de 1627 á la edad de 66 años.

Está enterrado en una capilla de esa mezquita de Córdoba que todos los poetas quisieran tener por enterramiento, si permitido les fuese salir alguna vez de sus nichos para vagar á la luz de la luna entre los naranjos de su patio y gozar de la vista de aquel incomparable monumento.

Góngora era un lírico del género irritable de poetas que como las abejas componen esquisita miel é inflijen dolorosas heridas. Sus obras no son numerosas, lo que no deja de ser estraño en un poeta de tanto númen, y ademas español. Consisten en sonetos, letrillas, canciones, y sobre todo, en romances. Pocos hay completamente exentos de su mal gusto, del que no se dejó arrastrar de un to-

do sino en época mas avanzada, que fué cuando mas exageró. Está demas decir que reina en su poema de los amores de Polifemo y Galatea, y en sus libros de la Soledad, en que toma su musa todos los tonos y confunde todos los géneros.

Hacía el marqués de Cabriñana al paso, algunas cortas citas de aquellas composiciones, señalándolas con rasgos rápidos y certeros. Fáltame espacio para reproducirlas y tiempo para traducirlas. Exceptuaré una porque toca ligeramente á nuestra historia literaria.

Florian, como es sabido, en la sola de sus obras que pertenece á la historia de la literatura, imitó á Iriarte en sus preciosas fábulas, es decir (pues es necesario precisar las cosas), que entre un centenar de fábulas que componen su obra, nueve están tomadas de Iriarte. Ahora bien, en el trozo de Góngora á que me refiero, trozo en verdad selecto, hallo el texto de una fábula que Florian ha reproducido en *La coqueta y la abeja.*

Hé aquí el original:

De un lentisco cuyas hojas,
sombra daban, y sus ramos,
ganchos de donde colgamos
los arcos, las cuerdas flojas.
Al verde pié recostadas,
que alivio y sombra nos dió,
estábamos Clori y yó
calorosas y cansadas,
Y adormecidos despues
al son de un lento arroyuelo,
que bañaba el verde suelo
y á los dos casi los piés.
Una solicíta abeja
sin tener de mí mancilla

maltratada en la mejilla,
y dolorosa me deja.
Dióme, aunque breve el tormento,
tan terrible la picada,
que á mis quejas altivada
Clori despertó al momento,
Y con gana de burlar
me dijo: «No estés quejosa,
que teniéndote por rosa
muy bien te pudo picar.
Porque tal estás agora,
que la abeja te juzgó
por rosa que se cayó
del rojo seno á la Aurora,
Y aun la mas fresca de aquellas,
de que ella ciñe su frente,
cuando vierte desde Oriente
bello aljofar, perlas bellas.
Y así perdónale el daño,
pues los dos ganais de Marte,
ella dulzura en picarte
y tú alabanza en su engaño.»

Los versos tienen con una dulzura y armonía singulares una sencilléz que rara vez se halla en Góngora; ¿de donde le vino este buen acierto? Es un fragmento y quizás al poeta le faltaría tiempo para retocarlo y echarlo á perder.

Góngora, como se ha visto, fué enterrado en una de las capillas de la Catedral. Esta capilla era la de San Bartolomé, fundada en 1248 por Martin Muñoz, uno de los héroes del Canto épico del Marqués de Cabriñana, y por doña Inés su muger, y que ha pasado por herencia á la casa de Argote.

Racionero de aquella iglesia, tenía además el poeta por derecho de herencia el de ser enterrado en aquella capilla. Sabíase que yacía allí, pero como dicho está en el soneto que hemos ensayado traducir, ningun epitafio se lo indicaba al trauseunte, y yo como viajero, al entrar en aquel lugar como el autor del soneto he echado dolorosamente de menos esta falta.

Pero el Marqués no se ha contentado con espresar su dolor en sentidas endechas. Ha querido ante todo cerciorarse de que yacía alli su parinte: al efecto, y valido de la ocasion de necesitar la capilla reparo la aprovechó para bajar á la bóveda, en la que halló el cuerpo del poeta que fué reconocido por su bonete sacerdotal y por lo largo de sus piernas que en algun tiempo le habian merecido el sobrenombre de *Cigüeña* que le dieron sus adversarios literarios. No era pues posible dudar. Entónces, ante aquellos preciosos restos, el Marqués concibió el filial propósito de colocar en la capilla de San Bartolomé (1) el epitafio que con mengua del pais faltaba al ilustre difunto. El mármol sobre que se grabe será coronado por un busto del poeta copiado de un retrato auténtico que conserva la familia. ¿Qué se opone, pues, á que este pequeño monumento consuele á los viageros amigos de las letras? Es necesario que el Cabildo de la Catedral consienta, y hace tres años que se ha pedido sin obtenerla esta licencia: Góngora y el Marqués de Cabriñana aguardan aun. *Cosas de España!* como dicen los mismos españoles.

---

(1) La capilla de San Bartolomé pertenecia á los parientes de la madre de Góngora y la varonía de los Góngoras la representa hoy el Duque de Almodóvar á quien pertenece la capilla, es decir el patronato, como descendiente de Domingo Muñoz.

La referida sesion académica, la pintura doblemente interesante á causa del modelo y á causa del pintor, la juiciosa apreciacion hecha por este del hombre y de sus obras, la digna revindicacion de una gloria á la vez doméstica y pública, la narracion elegante y discreta y en los términos mas decorosos y comedidos de los bandos literarios. ¿Conseguirán apresurar la decision del Cabildo? ¿Serán al fin atendidas y moverán aquellos ánimos tan pausados las súplicas del Marqués de Cabriñana.—Oh! si tuviesen el poder de evocar de su tumba al temible poeta! qué terrible romance habria ya arrojado de su siempre tirante arco! Pero la flecha desviaria sin duda su direccion para clavarse en el corazon de la misma España, demasiado olvidadiza de sus grandes hombres.

Antonio de Latour.

A MI BUEN AMIGO

EL SEÑOR DON NARCISO CAMPILLO,

en contestacion al soneto que tuvo la bondad de dedicarme en el número 3 de LA BÉTICA.

SONETO.

Con furia horrenda el huracan violento
Si indomable del Norte se desata,
Las añosas encinas arrebata
Y los robles arranca de su asiento.

Atropella el quejigo corpulento,
Rinde al fresno, y le troncha, y le maltrata,
Mas no hiere, al pasar, la humilde màta,
Indigna de la cólera del viento.

Así pensaba yo que en el robusto
Cedro sus iras desfogar pudiera
De negra envidia el huracan injusto,

Y no cebarse en mí con saña fiera;
En mí, Narciso, en el humilde arbusto
Que apenas hace sombra en la pradera.

RAIMUNDO MIGUEL.

RECTIFICACION

de algunos asertos equivocados de Mr. Michel Chevalier, respecto al Virey Apodaca, en sus artículos sobre la Expedicion de Méjico.

El justamente célebre economista cuyo nombre figura en el encabezamiento de estas líneas, guiado sin duda por informes inexactos, pues no es posible suponer otra cosa en persona tan ilustrada, comete errores notables respecto al Virey que fué de Méjico D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, en la reseña que de aquel pais hace, al ocuparse en los números de la Revista francesa de Ambos Mundos de 1.° y 15 del corriente de la actual expedicion de Méjico, en términos, dicho sea de paso, que por lo tocante á España no sería difícil tarea refutar, y en los cuales hasta omite por completo el único hecho importante hasta ahora de la expedicion: la ocupacion por las solas tropas españolas y sin disparar ni un tiro (es decir encontrando tan poca resistencia como supone que hubieran encontrado los soldados franceses si hubiesen

ido sin nuestra cooperacion á Méjico), de la plaza de Veracruz, la mas fuerte y considerable de cuantas existen, no solo en aquella República sino en toda la América un dia española.

Mas no es hoy tal mi propósito, debiendo limitarme á rectificar los errores á que ántes he aludido en mi calidad de nieto del personage á quien se refieren.

Dice Mr. Michel Chevalier, despues de hacer la justicia al Virey Apodaca de calificarlo de moderado y benévolo, que habiendo recibido la sumision de gran número de gefes de los insurrectos, «*tuvo la sencillez ó la* »*jactancia de escribir á Madrid que la revolucion estaba de*»*finitivamente vencida. Acaso no sería esto de su parte sino* »*una de esas lisonjas que los funcionarios se permiten siem*»*pre, porque saben que siempre son bien recibidas.*» Debajo de estas líneas pone una nota en que añade que Apodaca «*tenia sin embargo algunas razones personales para* »*saber que aun existian guerrillas mejicanas llenas de au*»*dacia. Cuando despues de su desembarco se dirigia de Ve*»*racruz á Méjico, escoltado por tropas bastante numerosas* »*que habia traido consigo de la Habana, habia sido atacado* »*en Ojo de Agua, etc.*»

Esta nota es por dicha la mayor y mas oportuna refutacion de las palabras del mismo Mr. Chevalier. ¿Si, como de ella se deduce, crée el afamado economista que á su llegada á Méjico dió el Virey Apodaca el parte que equivocadamente supone, qué merito podia haber contraido ni en qué cabia jactancia? ¿Habria orgullo en participar un hecho de que toda la gloria sería para su antecesor? ¿Crée por otra parte el ilustrado articulista que está en lo posible que un Virey, esto es un General lleno de servicios, y por tanto de experiencia, que ha llegado al mas alto cargo que puede ambicionar un

súbdito, un Virey á quién además él mismo califica de moderado, tuviera bastante sencilléz ó bastante osadía ó llevára la adulacion hasta el estremo ridículo, peligroso y, sobre todo, inútil que sería necesario, para escribir á su Gobierno en unos términos que podian verse inmediatamente desmentidos, no solo por los sucesos mismos sino por las infinitas correspondencias particulares, y aun de sus propios subordinados, que no dejarian de presentar el estado del pais bajo su verdadero punto de vista?

Otros, muy otros fueron en realidad los hechos. Destrozado completamente aquel hermoso territorio y lleno de guerrillas insurgentes fué como encontró á la hoy República Megicana el Virey Apodaca, y esplica este estado la misma nota ya aludida de Mr. Michel Chevalier, exacta en cuanto al hecho de haberse atrevido aquellas á atacarlo en su marcha á la capital, obligándole á abrirse paso con la espada. Así lo manifestó al Gobierno español; y solo su humanidad, su espíritu conciliador, su energía en circunstancias dadas, su lealtad en el cumplimiento de las promesas de perdon, su probidad intachable y sus dotes de hombre de Estado, ya demostradas en su embajada en Inglaterra durante el mas difícil y laborioso período de nuestra guerra de la Independencia, y en su glorioso mando de cuatro años en la Isla de Cuba, donde protegiendo la libertad de comercio echó los fundamentos de la actual prosperidad de aquella Colonia, pudieron dar al cabo de *mas de tres años* de incesantes esfuerzos el feliz resultado de que quedasen únicamente en el vasto territorio mejicano algunas partidas que compuestas de escasísimo número de insurgentes huian de montaña en montaña, como dice un historiador, de la activa pesecucucion que se les hacia.

Entónces y solo entónces; despues de haber sostenido

las tropas reales durante su mando mas de trescientos combates; de haber dominado y destruido la invasion fratricida de 1817; de haber expedido cerca de 50,000 cédulas de indulto y acogídose á su clemencia casi todos los gefes de influencia y prestigio entre los suyos; de que la seguridad llegase á tal grado en los caminos que los correos y viageros marchasen en todas direcciones sin escolta alguna; de haber suprimido las contribuciones de guerra, pagado religiosamente sus sueldos á todos los empleados civiles y militares, libertado de toda clase de derechos á las minas, fomentado las rentas hasta el punto que lo demuestra lo expuesto y lo comprueba además el hecho de que en un solo año, el de 1819, se elevase la amonedacion de la plata á 240 millones de reales cuando en ninguno de los inmediatamente anteriores á su mando habia llegado ni con mucho á aquella suma, y en alguno, como en el de 1812, bajó á 88; impulsado de tal manera la amortizacion de la deuda que durante su Vireinato se disminuyeron en mas de 100 millones de dicha moneda los 740 con que al encargarse del mando encontró agoviado el Tesoro; y, finalmente, vuelto á abrir la Universidad, que á su arribo había hallado convertida en cuartel, entónces, repito, fué cuando con tanta justicia como gloria suya participó al Gobierno español que se hallaba, no pacificado por completo el pais, pues su veracidad nunca desmentida y su esquisita delicadeza no le permitian afirmacion tan absoluta, sino muy cercano el término de su pacificacion. En la *Gaceta* oficial de Madrid de 6 de enero de 1820 puede ver Mr. Michel Chevalier un real decreto, que es la mas completa confirmacion de mis palabras.

La aplicacion en aquel año á Méjico del nuevo régimen establecido en la Península fué la que resucitó el

espíritu revolucionario, y Mr. Chevalier debe comprenderlo fácilmente, pues él mismo hace una exacta y terrible pintura del pernicioso influjo que para la dominacion española en aquellas regiones tuvo la primera época constitucional y solo *sesenta y seis dias* de libertad de imprenta consentidos en ella por el Virey Calleja son á sus ojos comparables á la erupcion de un volcan.

Lo mismo volvió desgraciadamente á reproducirse al plantearse por segunda vez el antedicho régimen en un pais donde tan peligroso era; y entónces aun con mayor fuerza, pues no solo contribuyeron á ello las ideas de mal entendida libertad que se propalaban y difundian por todas partes, sino que desde la misma España, desgarrada á la sazon por lamentables y enconadas discordias civiles, se escitaba á los americanos á la rebelion; la cual no se hubiera, sin embargo, consumado, si los mismos gefes que debian obedecer las enérgicas y acertadas órdenes del Virey no hubieran sido los primeros en pasarse al enemigo con sus tropas; salvo honrosas, pero cortas escepciones. Bien ha dicho un distinguido poeta español de nuestros dias al tratar del mando del Virey Apodaca en Méjico:

¡Tan solo la traicion vencerle pudo,
Y de la madre patria la anarquía!

No refutaré de nuevo la especie de que el Virey protegía, de acuerdo con Fernando VII, los planes de los que intentaban derrocar en Méjico la Constitucion para ofrecer allí un asilo á su Soberano, porque, como dice Mr. Chevalier, lo ha hecho ya en otra ocasion mi familia. Lo que hizo el Virey cuando merced á sus sábias medidas quedaban solo las gavillas que bajo la direccion principal del cabecilla Guerrero se ocultaban en las impene-

trables barrancas de Tierra Caliente, y al prever que por efecto de las trastornadoras ideas que cundian iba á destruir su costosa obra un cataclismo sin remedio en lo humano, fué presentar en 18 de julio de 1820, siete meses antes del levantamiento de Itúrbide, su respetuosa dimision del alto cargo que ejercía. ¡Ojalá le hubiera sido admitida desde luego! Pero sí rechazaré antes de dejar la pluma, el epíteto de *crédulo* que en tono de censura dirije el ilustrado escritor al Virey Apodaca al manifestar la confianza que, no para derribar la Constitucion como él supone, sino para acabar con Guerrero, depositó en Itúrbide, y para ello me valdré como en casi todo este escrito, de los mismos hechos referidos y las mismas palabras usadas por el célebre publicista. ¿Crée efectivamente Mr. Chevalier que no habia razon para confiar en un gefe que desde el principio de la lucha no solo se habia señalado contra los mismos insurgentes, adquiriendo gran reputacion y el aprecio de los Generales españoles, sino que bajo el mando de otros ménos humanos que Apodaca había llegado hasta el ensañamiento, y como afirma Mr. Chevalier, desgraciadamente con razon sobrada, hasta la crueldad, dando *multiplicadas prendas á la causa de la Madre Pátria?* ¿Tacha Mr. Chevalier de *crédulo* al sagáz político Luis XVIII? Pues, sin embargo, confió en 1815 las tropas que enviaba á combatir á Napoleon á un Mariscal, el célebre Ney, que todo lo debía á éste, y el resultado estuvo muy lejos de corresponder á sus esperanzas; cuando, por el contrario, las de Apodaca estaban basadas en los antecedentes de un gefe á quien abonaban su conducta de siempre y su ódio á la insurreccion, entre la cual y su persona habia colocado un lago de sangre. ¿Cuáles son pues, si éstas nada valen, las garantías que deben buscarse en los hombres, y especial-

mente en aquellos de cuyo honor no ha habido motivo para sospechar?

Concluyo manifestando que cuando la historia ha comenzado para un hombre que ha ejercido los mas eminentes cargos de un pais, y en el seno de la Representacion nacional de este se citan sus palabras (1) como poderoso argumento en apoyo de medidas económicas de la mayor importancia y á las cuales no negaria su autorizado voto Mr. Chevalier; y su ciudad natal, decora con su nombre veinte y un años despues de su muerte uno de sus mas principales sitios públicos (2); y el Gobierno de su Nacion decreta en un documento solemne en que se le califica de distinguido y de leal, que haya siempre en la marina de guerra un buque que lleve su título (3), el mérito y los servicios de varon merecedor de tan señaladas honras son de tal naturaleza que no puede achacarse á vanidad pueril de familia el defenderlos.

De la imparcialidad de Mr. Michel Chevalier y de su notoria ilustracion espero confiadamente que mejor informado por estas líneas de los hechos, variará su modo de pensar respecto al personage que ha sido asunto de este escrito.

Sevilla, abril de 1862.

FERNANDO DE GABRIEL
Y RUIZ DE APODACA.

(1) Sesion del Congreso de diputados de 21 de marzo de este año.
(2) Acta del Ayuntamiento de Cádiz de 17 de junio de 1856.
(3) Real decreto de 19 de diciembre de 1852.

A LA GIRALDA DE SEVILLA.

Oda por el P. Manuel Gil.

Sábios egipcios, los que habeis labrado
Columnas y pirámides alzadas,
Venid confusos y adorad rendidos
    Nuestra Giralda.
Babel altiva, tú que presumiste
De que tu torre al cielo se elevara,
Tan grande dicha la consigue solo
    Nuestra Giralda.
Pico de Téide, que descuellas tanto
Entre las islas siete Fortunadas,
De tí se burla como de un pigmeo
    Nuestra Giralda.
Montes Marianos, encumbrados Alpes,
Ínclita torre que á Estrasburgo ensalzas,

Si aqui estuviérais os hiciera sombra
Nuestra Giralda.
Sierra de Ronda, que la nieve cubre,
Cual los cipreses entre humildes zarzas
Del mismo modo sobre tí se eleva
Nuestra Giralda.
Sagrado Olimpo, cuya cumbre enhiesta
Tocar no puede ni la nube parda,
Las nubes todas por debajo mira
Nuestra Giralda.
Excelso Atlante, que al inmenso cielo
Sustentas en tu cumbre agigantada,
Si tú te cansas, te dará su ayuda
Nuestra Giralda.
Númenes sacros que asistís propicios
A Híspalis bella la que el Bétis baña,
Que merezcamos ver allá en los cielos
Nuestra Giralda.

BREVES CONSIDERACIONES

sobre el tomo primero de la Historia Crítica de la Líteratura Española, que ha dado á luz el Sr. D. José Amador de los Rios.

ARTICULO II.

Despues del triunfo alcanzado por los poetas de Córdoba en la Corte de los Césares, así que la conspiracion de los Pisones fué sofocada, como la voz elocuente de Lucano, por el cruento Emperador, manifestóse en el arte latino la verdadera decadencia, y se mostró cohibido y apocado el ingenio español; si bien, no por esta circunstancia hija del despotismo entronizado, y de las públicas costumbres corrompidas, se perdiesen del todo sus tendencias y caractéres.

Marcial mismo puede servirnos de prueba para este aserto. No se presenta intrépido como Lucano á combatir la servidumbre y la barbarie; antes bien, falto de animoso aliento, humillado, se deja envilecer, y arrastra su musa por el lodo, ganando vanos títulos á costa de

mentidas lisonjas: es mas; sufre en recompensa de sus bajas adulaciones el desprecio y olvido de Domicio y Trajano. Nacido en la indigencia el poeta de Bílbilis, pretende encumbrarse y busca un Mecenas (que no logra encontrar) en la Corte, donde sofoca sus libres instintos por temor á los tiranos, y se somete á la dura ley de su capricho. Mas, no por eso deja de herir con modesta pero aguda sátira las Lélias y Lálages representantes de la liviandad romana, ni se olvida de acusar ante el tribunal del pueblo á aquellos degenerados patricios que entregados á la disolucion *competian con las mugeres en los afeites del cuerpo,* y se ocultaban entre las ruinas del Imperio, esquivando el látigo de su señor. Nótese en los epígramas de Marcial como se revela contra la cruel condicion de Marco Antonio, y aun lanza anatemas sobre los tiranos.

Pero, lo volvemos á repetir; su pensamiento no logra romper el grillete de los Emperadores, ni se atreve su musa á traspasar las lindes de escuela; y retrocediendo ante el sublime espectáculo y trágico fin del autor de la Pharsalia, inicia la reaccion literaria que vuelve á estudiar en los modelos del siglo de oro, y entre vacilaciones mil adula la tiranía de Neron, haciendolo superior á Júpiter; con abatido ánimo y pueril temor huye de Roma, asustado de las sangrientas escenas y turbulentos goces, á las orillas del Jalon, en compañía de su esposa Marcela, en cuyos dulces brazos olvida los sueños de ambicion y gloria que le habian conducido á la Metrópoli del mundo, y se muestra tranquilo y exento de afanes, cuando en los versos en que pinta su ventura la dice:

«......Romam tu mihi sola facis.»

El señor D. José Amador de los Rios, despues de ha-

cer un paralelo entre Lucano y Marcial, para mejor quilatar las cualidades que en uno y otro resplandecen, concluye diciendo: «Y sin embargo, los nombres de ambos han llegado á nuestros dias en medio de las contradicciones de la crítica, sin que se hayan fijado con la exactitud conveniente las dotes especiales que en cada uno de estos poetas resaltan, para apreciar aquellas que aparecen independientes de la época y de las circunstancias en que viven, y son propias del ingenio español, en todas las edades, ya le consideremos orillas del Ebro, ya á las pintorescas márgenes del Bétis.» Y es entonces cuando el ilustre historiador desciende al siglo XVI de nuestra era, y nos presenta á Góngora en parangon con Argensola, encontrando que el primero continuaba la senda de innovacion atrevida que emprendió Anneo Lucano, y el segundo invocaba los fueros del arte homérico de que se habia mostrado partidario Marcial. Deduciendo de esto que: «Entre los vates nacidos á las márgenes del Ebro, no florecerá un Lucano, ni un Góngora; pero tampoco brillaran en las orillas del Guadalquivir ingenios sóbrios y austeros á la manera de Valerio (cuando es grave) ni de los doctos Argensolas. Los unos aparecerán siempre dispuestos á introducir en la república de las letras todo género de novedades: los otros pugnarán acaso por rechazarlas; pero sucumbirán en la demanda, invocando inútilmente los fueros del buen gusto.»

Iniciada ya la reaccion literaria, como llevamos dicho. por Valerio Marcial, falta ya Roma y las provincias del Imperio de aquel soplo de libertad, que escapado del Capitolio por la clemencia de César y la política de Augusto, habia animado el espíritu independiente de la Península y hecho renacer el arte, este, apocado, falto de bríos, desciende de la altura á que le habian elevado

los vates cordobeses, y marchando irremisiblemente por el camino de la servil imitacion á la mezquina copia de los antiguos modelos, piérdense las nuevas conquistas, cúbrense las mas relevantes dotes, apáganse los arranques nobles y elevados; y falta de originalidad y vida la literatura, por mas que se esfuerzan los autores en pulir las formas y limpiar la lengua, haciendola aparecer brillante como en tiempo de Augusto, las obras que señalan esta era carecen del fuego de la inspiracion, y solo son dignas de considerarse por el estilo y la diccion.

En vano los ingenios españoles siguen la senda reaccionaria: en vano los Columelas é Itálicos se separan del impaciente é indómito espíritu de los Sénecas y Lucanos: en vano pretenden Pomponio, Mela y Quintiliano restaurar las letras conservando y siguiendo los modelos de los grandes maestros, que ya vencidos, ni pueden comunicar el sentimiento que vivifica sus obras, ni les es dado abrir la vía de espansion que requiere el arte, para ser intérprete fiel de las ideas, satisfaciendo las necesidades nuevas del pueblo.

Estéril por demas, y de todos modos infecundo fué para el arte ese movimiento retroactivo, que no logró contener en el despeñadero la fatal corriente que empujaba las letras á los abismos de su ruina: mas no es esta circunstancia extraña, pues tanto en el campo de las artes como en el de la política, siempre que aparecen innovadores, no faltan génios tímidos y llenos de amor á lo pasado, que ansíen oponerse y contrastar el impetuoso oleage que á todos impulsa y arrastra.

Hemos llegado á la época de la verdadera caida de las letras latinas, por mas que algunos críticos la consideren anterior, y la atribuyan á los Sénecas y Lucanos. Y como esta sensible caida duró tanto tiempo, antes de

que lleguemos á la época en que vuelva á brotar la chispa primera despertadora del arte, recapitularemos cuanto llevamos dicho respecto á los ingenios españoles que en la lengua latina dejaron los monumentos primitivos que acreditan la originalidad y genuino sello del arte hispano. Y llenaremos este propósito, con solo copiar el párrafo penúltimo del capítulo cuarto del primer volúmen de la *Historia* del señor Rios, que dice así:

«En los ingénios españoles que ilustran las letras romanas, resaltan pues como dotes principales la extraordinaria fuerza con que rechazan todo yugo y el valor ardiente con que acarician el vivo recuerdo de su libertad perdida. Estos dos poderosos móviles los llevan segun dejamos ya demostrado, hasta el punto de menospreciar y quebrantar á sabiendas las reglas y preceptos del arte de Horacio y de Virgilio. Pero tan decisivos y brillantes caractéres no son esclusivos de ninguna época determinada en la historia de la literatura española: perteneciendo igualmente á todas las edades, forman digámoslo así, los indestructibles polos en que estriba nuestra nacionalidad literaria, bastando á salvarla en medio de los grandes trastornos y duras pruebas, á que plugo á la Providencia esponerla. He aquí porqué nosotros no comprendemos la historia de las letras en nuestro suelo, sin que volvamos la vista á contemplar lo que fué el ingenio español desde el momento en que nos fué dado apreciar sus creaciones, para que, comparadas estas con las demas cercanas edades, pueda deducirse legítimamente si han sído parte á adulterarlo las diversas invasiones que ha sufrido la Península Ibérica, ó si ha conservado y trasmitido de siglo en siglo aquella nativa y singular energía y aquella inquieta independencia que le impulsaron á precipitar la ruina del maravilloso arte greco-latino.»

Continuemos ahora nosotros. No deben pasar desapercibidos para los que emprenden el estudio de la literatura española en los siglos en que vamos á entrar, dos hechos importantísimos: es el primero que mientras se desmoronaba el mundo romano bajo el punto de vista moral y religioso, alboreaba en Oriente el Sol divino que debia disipar las tinieblas del ocaso: y que en tanto las legiones del Imperio derrumbaban el órden político y social, se aprestaban las razas indo-germánicas á recoger los despojos de los envilecidos Emperadores. Es el segundo, que á medida que estos sucesos tenian lugar, degenerado el arte gentílico sucumbia para no levantarse jamás en sus dorados pedestales.

La libertad democrática acariciada por las rientes repúblicas de Grecia, la libertad aristocrática defendida por los severos patricios de Roma habian espirado: la primera relegando á los griegos á la condicion de serviles instructores de los romanos; convirtiendo sus grandes filósofos en sofistas y ayos de una juventud lividinosa; sus divinos poetas, en retóricos de un vulgo que los escarnecia; sus sencillos artistas en esclavos de un gusto monstruoso en suutuosidad; sus ilustres oradores en charlatanes de opíparos banquetes. La segunda, sumiendo á los romanos en la mas escandalosa prostitucion; tornando sus grandes capitanes en furiosos bandoleros, sus nobles patricios en afeminados disipadores, sus temibles tribunos en siervos venales, sus Lucrecias y Virginias en Mesalinas y Popeas, su patriótica plebe en turbas de vagos alborotadores, y sus invencibles banderas en sólio de dioses que disponian de la humanidad á capricho.

¡Oh! habíase hecho imposible la existencia del arte.

¡Génios que levantáis las brillantes alas de la imaginacion, para cobijar los hombres bajo el amoroso calor

de ellas! ¡Nobles inteligencias que penetrais los mundos y contemplais los maravillosos conciertos de las esferas múltiples, en los infinitos espacios del cielo! ¡Ardientes corazones que iluminados por la antorcha de la fé, cruzais el mundo en ávida sed de amor, y estrechais los vínculos de la humanidad! ¿A dónde dirigireis vuestro vuelo encerrados en el hediondo caos de tan mortífera mansion?

Levántase, allí, sobre sus siete enhiestas colinas, la gigante ciudad, polo del mundo, y desparrama los inmensos tesoros que sus Pretores envian de luengos paises, tesoros ¡ay! arrancados á las entrañas de la tierra por millares de criaturas aniquiladas por el trabajo. Estiende sus aúreos templos por la campiña, envueltos en nubes de incienso y mirra, en holocausto de los ídolos que adoran los pueblos. Ensancha sus vías militares, atravesando los Alpes y los Pirineos, y alza de trecho en trecho invencibles murallas é inespugnables torres. Construye sus coliseos y naumáquias, sus circos y anfiteatros, cubriéndolos de púrpura, y regando la arena con polvos de oro. Llena sus plazas de altivas columnas, puebla de magníficas estátuas sus jardines, cierra sus calles con triunfales arcos, despliega el lujo de sus famosas termas, edifica palacios de marfil, ostentando brillantes mosáicos, vidrios de colores, graciosos chapiteles, y en ámplios patios establece estanques de raros peces. Abre sus teatros, en los que las mas picantes escenas se representan en toda su lúbrica desnudez, y donde las mas lascivas danzas probocan los apetitos. Entre alcázares y templos, siembra sus lupanares colmados de peregrinas beldades bañadas de aromáticas esencias, y para que no falte placer alguno al pueblo rey, las matronas se inscriben en el censo de las prostitutas, gozando de esta

vil inmunidad, sin temor al castigo de la ley Cual si todo esto fuera poco, adornados mancebos que fingen las gracias femeniles, se prestan á compartir el lecho de los casados. Las damas enjugan las húmedas manos en los largos cabellos de un pagecillo desnudo; clavan los alfileres en el blando pecho de una esclava doncella, y con un lujo deslumbrador acuden á las fiestas y misterios, ansiosas de quebrantar la conyugal fé, ó presencian con encantadora sonrisa los tremendos golpes, que en los juegos, se asestan los ágiles gladiadores. Ya los címbalos anuncian las grandes carreras olímpicas; ya resuenan las liras en los certámenes literarios; hoy corre desbordado el pueblo en las licenciosas Lupereales; mañana acudirá gozoso, ávido, al anfiteatro, para ver luchar mil terribles fieras, enviadas por algun Pretor de Africa, con millares de hombres indefensos, reos de pueriles delitos. Cuando los rigorosos calores del estío postren á los patricios y matronas, los ligeros esclavos númidas trasportaran la carroza de sus señores al ameno campo, á la deliciosa quinta, donde en sosegado sitio acudirán los amigos y clientes, los parásitos y retóricos, á compartir la suculenta cena, animada por el dulce Falerno escanciado en vasos murrinos, al son de alegre música. Entonces, tal vez acuda la inspiracion á la caldeada mente del siervo, y el amo le haga liberto, poeta, hombre, en fin, por algun equívoco picante, alguna frase lisongera, ó algun báquico cantar. Podrá acontecer tambien, que el plato aderezado, no sea del gusto del huesped, y en ese caso el último manjar del festin será el cuerpo del cocinero despezado y arrojado al estanque de las murenas para hacer mas delicada su carne con el humano alimento. Y no será estraño que el rico señor, despues de haber derramado en su regocijo el oloroso cécu-

bo, vierta mas tarde su sangre por órden del augusto Emperador, que envidia su vino y su riqueza.

Pero, si tan doloroso espectáculo presenta Roma, bajo el punto de vista social y moral, no es menos aterrador el político y religioso. Presa la república de la guardia pretoriana, esta, eleva emperadores, segun ellos les abandonan mayores riquezas, y les prestan mas decidido apoyo: y suele suceder que, no bien á colocado en el sólio un incapacitado de reinar, lo arranca de él y lo arrastra públicamente mofando su magestad. Cuanto mayor es el estrago y número de crímenes, mas victorea la multitud afanosa, á los mónstruos que escoge por patronos, y ya rinde culto á Domicio por el incendio de Roma, como tributa idolatría á Eliogábalo por su devoradora destemplanza. Para saciar los gustos de un emperador, se sacrifica á la humanidad, y para satisfacer el lujo y los escesos del patriciado se hace gemir el mundo. Amenazada siempre la vida de los ciudadanos por una soldadesca pronta á obedecer la menor indicacion de derramamiento de sangre, insegura la propiedad por la insaciable avaricia de los tiranos, que habian llegado á reunir en uno los poderes todos, era preciso caminar rodeado de sicarios y con el puñal escondido, para defender el cuerpo de un golpe alevoso. Convertida la delacion en oficio, aquel ganaba mas honras, que mas impías y falsas acciones denunciaba. Llamábase el pueblo á sufragio en burla de una caducada soberanía, y siempru elegía al que mejor pagaba sus votos. Adquiríanse los cargos públicos, no por los buenos servicios, si por el alto precio á que se compraban. La religion solo era objeto de escarnio, y aumentaban ó disminuian los dioses, segun estos les eran hostiles ó propicios. Ni aun el altar de la Pátria tan venerado en otro tiempo, era ya otra cosa que un escánda-

loso mercado, donde acudian los destronados reyes y las meretrices, uncidos al carro de las victorias á cantar los himnos del laureado vencedor. Cerrada la tribuna, castigado el pensamiento, destruido el camino de la gloria, humillados ó vendidos los Padres conscriptos, deshonrado el foro, llevando los lictores, mordazas y cuchillos en vez de faces, la juventud disipada en el epicureismo y la profanacion, se alejaba de la abyecta Roma, despues de haber gastado su patrimonio y corria en pos de las águilas imperiales, no ganosa de fama eterna, sino á enriquecerse en lejanos paises con sus rapiñas y concusiones. Y en tanto hubiese trigo en los graneros y fieras en el circo, para mantener y divertir una ociosa plebe, educada en abrevaderos de sangre, emperadores y pueblo estaban contentos y tranquilos.

Como vemos, habian pues, perecido el órden y la libertad: ya no quedaba salvacion al arte, que no puede existir con la tiranía. Ni un pensamiento ni una idea, viene á esclarecer el confuso torbellino en que se agita agonizante Roma, y los hombres no hayan mas senda que la de una muerte estóica para librarse de tan malvada opresion. El imperio llevaba escrito en su frente, el lema que en posterior fecha, habia colocado el Dante á las puertas de su infierno!

«Lasciate ogni speranza......»

¡Malditos los poderes de la tierra, cuando vil barro y deleznable escoria, se visten de oro, para deslumbrar la tímida vista del hombre!

¡Maldita, tú, mil veces Roma, señora del Universo, que has postrado á tus plantas el orbe, y es dominadora de la razon y la inteligencia humana, tu dura roca Tarpeya!

Empero, si bien caducaba y corria al fatal despeñadero, el imperio romano, por la demencia y corrupcion

que se habian hecho dueños de él, no es menos cierto que, desconocida por aquellos que se hallaban sumidos en toda clase de flaquezas y todo linage de vicios, flotaba sobre la malignidad de los hombres, una profecía divina. Entre los celages del politeismo cirnióse no lejana de la mente de un poeta. Virgilio pudo haber escuchado un eco confuso de ella. Esta profecía, esperanza de uu gran pueblo, que al realizarse la puso en duda, y le ha costado la esclavitud y desprecio eterno, nada significaba ni para el Imperio, ni para sus sacrificadores.

Cuando empuñaba las riendas del Estado, el por mil títulos ominoso Tiberio, llegó á Roma un despacho de Poncio, Pretor de la Palestina, dando cuenta de que el pueblo hebreo, habia juzgado y condenado á la pena de muerte en cruz afrentosa, á un hombre humilde, que segun sentencia de los Príncipes y Escribas, y fallo del Sumo Pontífice, pretendió atentar contra las leyes y el órden público, titulándose hijo de Dios, Rey de los judíos, y escitando á la rebelion contra las autoridades, por medio de arengas en que se propalaba una nueva religion. El sanguinario Tiberio, relegó al olvido aquella pueril comunicacion. No pudo comprender que era el anuncio de una aurora divina, y que brillaba sobre el Calvario un sol de libertad cuyos rayos disiparian las tinieblas del mundo.

A poco de este suceso aparecieron entre el inmundo cieno de Roma, unos cuantos hombres sencillos y humildes, que sobre tantos esparcidos templos y raros dioses, colocaban el *Unico*, proclamando á los hombres hijos suyos é iguales ante su Omnipotencia Divina. Estos hombres observaban una vida ejemplar, que contrastaba con la de los ciudadanos romanos, y dirigian sus exhortaciones á los débiles y niños, á los enfermos y ancianos, á los poderosos é ignorantes, á los señores y esclavos. Guiados por

los resplandores de una doctrina llamada Evangelio, pretendian regenerar el mundo moral y religioso, político y social. Y á pesar de la extrema severidad de su disciplina hacian donde quiera numerosos prosélitos.

Los sacerdotes del culto pagano creyeron amenazados sus templos y sus ritos, sus vergonzosos dioses que tomaban parte en las humanas contiendas, vengativos, feroces, adulterinos, por el Dios Unico, Infinito, Eterno, que derramando los tesoros de su incomensurable sabiduría, espiraba en una Cruz por salvar á los hombres. Los Emperadores que se creian de orígen divino, oyeron que el último de sus siervos era su igual, y vieron decaer el prestigio de la púrpura imperial, que se manchaba con los mas bajos crímenes y las mas abyectas flaquezas, de que eran acusados ante un tribunal eterno que desconocian. Los ciudadanos escucharon que existia una Providencia que regulaba las acciones velando por los pobres y desvalidos, y que las riquezas que atesoraban pertenecian no á ellos sino á los que padecian hambre. Las orgullosas legiones que alzando en alto las rapaces águilas aplastaban la tierra con su peso, se apercibieron de que los hombres eran todos hermanos y debia sobrevenir una era de paz para sus opuestos bandos. La sociedad, en fin, convencióse de que sonaba la última hora de su anárquica existencia y aprestóse á defenderse: opuso el mas repugnante despotismo á la mas ámplia libertad; los mas groseros errores á la verdad mas pura; los mas pomposos holocaustos de una secta turbulenta, á las mas sencillas prácticas de una pacífica religion; presenta á la caridad el egoismo, á las sencillas túnicas de los nazarenos el lujo de ricos trages, al ascetismo y la oracion, el espectáculo del Circo y de la Escena, al amor acrisolado y casto, la lascivia en sus mas obscenas for-

mas, á la justicia y la igualdad equitativas, furiosos alardes de inhumanidad y brutal orgullo. Pero acosada por los inmensos males que la corroian, cébase encarnizada contra los inofensivos y débiles y lanza un grito de acusacion sobre los cristianos atribuyéndoles todo el horror de sus infamias, y los daños de que era víctima.

Entáblase una lucha entre el politeismo y la religion cristiana: el primero decreta la persecucion y esterminio contra la segunda, y aparentando un fervor religioso que no tenian por sus divinidades, los romanos, creen cohonestar con el manto de la religion los actos mas vergonzosos de la impudicia é inmoralidad, y los sangrientos espectáculos de la barbárie. Por toda defensa los cristianos llevan la divina palabra y en la tremenda lucha, vierten raudales de elocuencia, al vindicar su doctrina de la acusacion de sus detractores. Pintan el lastimoso estado del mundo moral y truenan contra los impíos que habian llegado al último grado de relajacion y punible desvergüenza. Anatematizan los horrores del anfiteatro y la pestilente liviandad del escenario; pero no halla límites la demencia de sus enemigos, y con salvage fiereza ahogan en lagos de sangre los progresos del cristianismo, empleando toda suerte de tormentos contra vírgenes que confesaban en Cristo, ancianos que alababan á Dios y niños que se horrorizaban de tan espantables cuadros.

El Tiber corria tinto por su álveo. La humanidad se agitaba en un caos sofocada por el humo de la sangre.

Mas, antes de apartar la vista de tan nefando teatro; consignemos, que en el mayor número de víctimas y mártires hallaba su crecimiento el cristianismo, triunfaba la elocuencia sagrada, y la paz de Constantino el Magno vino á coronar los esfuerzos de los Santos Padres saliendo vencedores de las oscuras Catacumbas.

¿Y en tanto que era del arte?

Habia sucumbido, anonadado por el cruel despotismo y el odioso libertinage. Eclipsose la estrella que lo guiaba. Naufragó en las nieblas de una civilizacion decadente y un pueblo prostituido.

Mas, un rayo del sol que se habia levantado en Oriente iluminando los negros horizontes del mundo, hería ya con vívida luz sus yertas cenizas. Y, Vecio Aquilino Yuvenco, hace saltar la chispa primera que España arroja en representacion del arte regenerado.

En la Península Ibérica no habia sido menos cruda la guerra del gentilismo; ni habian escaseado los mártires y confesores en Cristo; y el elocuente Yuvenco inspirado en las grandezas de Dios, canta en versos armoniosos la vida del Salvador del mundo. No iguala á los Ennios ni Ovidios en el pulimento y lo castizo de una lengua ya corrompida, aunque se esmera en sacarla de su abatido estado, pero, le vemos con gloria separarse de la tradicion latina ya caduca, y beber las claras aguas de un nuevo manantial, sustituyendo á la musa pagana el Dios de los cristianos.

Si á principios del siglo IV de la iglesia vemos á Yuvenco al lado de Constantino, mas tarde encontramos junto á Teodosio á Prudencio Clemente que en su *Combate del alma,* narra la lucha de las pasiones en el escondido pecho del hombre, pensamiento brillante, y como dice el señor Rios; *no presentido siquiera por los poetas de la gentilidad.*

Siguiendo el curso de la historia de las letras españolas, en las eras que median entre Lucano y Yuvenco, periodo de luto para el arte, el estudioso se siente acongojado. Pero al hallar estos génios felices, Aquilino y Prudencio, se dilata el pecho, y el corazon con alborozo se

levanta esclamando: ¡He ahí la nueva aurora del arte!

Yuvenco y Clemente cantan, remontándose sobre las vanas pompas de la tierra, y las degradadas musas del Parnaso gentílico, las armonías eternas del verdadero Dios. Almas tiernas y grandes, proclaman la libertad del mundo, con el libre alvedrio del hombre. En vano pretendieron algunos doctos paganos oponer su estudiada elocuencia, á su inspirada voz: la revolucion quedaba consumada; era inútil levantase su angustiada cabeza la reaccíon. La luz del Gólgota, disipaba las nubes del Olimpo.

¡O Yuvenco! ¡O Clemente! ¡Primeros Apóstoles del arte nuevo! Salta de júbilo el corazon al contemplaros. ¡Benditos seais mensageros dichosos de la poesía cristiana, que flotaba en los celages del Empíreo! ¡Benditos seais sublimes cantores del cielo! Al páramo del arte habeis traido la semilla: á las aguas cenagosas habeis abierto cáuce: al fango del sensualismo y embrutecimiento habeis conducido la idea. ¡Paso! esquisitas formas de las leras clásicas. ¡Paso! espléndidos y voluptuosos adornos. La poesía es el alma no el cuerpo; el arte es el pensamiento no el trage.

Permitasenos este desahogo al contemplar el faro del arte español en el siglo IV, que es: verdad, libertad, justicia, grande fórmula social, que aterra á los déspotas, regenera al mundo y nivela la humanidad.

FEDERICO UTRERA.

EL LAGO.

MEDITACION POETICA DE MR. DE LAMARTINE.

Y qué! Impelidos siempre á nuevas playas,
Sin regreso en la noche arrebatados,
Noche eterna y sombría;
¿No podremos jamás de las edades
Arrojar en los mares agitados
El ancla un solo dia?
Oh lago! El año fué: junto á las ondas
Que ella de nuevo contemplar debiera,
Yo vengo solo y triste.
Mírame en esta peña reclinado,
Donde otro tiempo que veloz huyera,
Reclinarse la vista.
Así bramabas tú contra las rocas,
Así contra la márgen te estrellabas.
Con ira y rabia suma:

Así al impulso del ligero viento
Sobre sus piés queridos arrojabas.
Hirviente y blanca espuma,
Una tarde... ¿te acuerdas? en silencio
Vogábamos: dormida la natura
En honda paz yacía.
Solo el golpe del remo cadencioso,
Hiriendo acompasado la onda pura,
A lo lejos se oia.
Mas de improviso acentos celestiales
Despertaron al eco en la ribera:
Las olas escucharon,
Y un cántico entonó la voz querida;
Aromas del amor que hasta la altura
Desde el polvo se alzaron,
«Suspende, ¡oh tiempo! tu incansable huella!
»Vosotras suspended, horas propicias,
»Vuestro fugáz destello!
»Dejadnos ¡ay! en éxtasis profundo
»Saborear las rápidas delicias
»De nuestro sol más bello.
»Mil infelices suspirando os llaman:
»Corred para los tristes que os imploran
»Con giro presuroso:
»Al par arrebatadles que sus dias
»Los dolores sin fin que les devoran;
»Olvidad al dichoso!
«
»El tiempo se desliza y desparece
«Con planta voladora.
»¡Oh noche! sé mas lenta! apenas clamo,
»Y yá el espacio todo se esclarece
»Y relumbra la aurora.

»Amemos, pues: en la hora fugitiva
»Goce y adore el alma arrebatada;
»Que luego no encontramos
»Ni el hombre puerto, ni la edad ribera;
»Ella corre al abismo de la nada,
»Y nosotros pasamos.»
Tiempo envidioso, tan felices horas
En que el amor nos dá con larga mano
Sus tiernas alegrías;
¿Podrás arrebatar, cual arrebatas
Del que suspira con delirio insano
Los miserables dias?
¿No logramos ni aun fijar su huella?
Y qué! pasados yá! ya eternamente
Y del todo perdidos!
El tiempo que mil soles alza y borra,
¿Jamás podrá volvernos nuevamente
Instantes tan queridos?
Nada, pasado, eternidad, abismos
Tenebrosos, ¿á dónde van los dias
Que impios devorais?
Hablad: ¿nos volvereis este entusiasmo,
Estas puras y amantes alegrías
Que ahora nos robais?
Oh lago, rocas, grutas, selva opaca!
Yá que os renuava el tiempo y asegura
La juventud y gloria;
Conservad de esta noche para siempre,
Conserva con amor, bella natura,
Siquiera la memoria!
Que viva en tu borráscas y en tu calma,
En tus verdes praderas florecidas,
Azul y hermoso lago:

Y en los abetos y salvajes rocas
Que están sobre tus aguas suspendidas
Allá en el aire vago.
Viva en el áura que temblando pasa,
En el rumor confuso que tu orilla
Alza y repite grave:
Y en esa luna de argentada frente,
Astro feliz, que en tus cristales brilla
Con blanca luz suave.
Que el viento, que la caña gemidora,
Los mil aromas que tu tibio ambiente
Ligeros perfumaron;
Cuanto se vé, se escucha y se respira,
Todo á una voz pronuncie eternamente:
«Ellos aquí se amaron..!»

NARCISO CAMPILLO.

LA ESPOSICION INTERNACIONAL

EN SUS RELACIONES CON LA CULTURA DEL PUEBLO INGLES.

Hay en la educacion de los pueblos diversos fenómenos importantes y curiosos, que se manifiestan en algunas épocas con mas atractivo que en otras para la observacion atenta del filósofo. La que atravesamos es favorable para fijar la atencion en la distinta manera con que las naciones han ido modificando su genio, usos, costumbres y preocupaciones, descartando de sus caracteres los rasgos mas ex-céntricos y recomponiendo sus respectivas fisonomías, para acercarse al tipo general europeo, producto de las tendencias niveladoras de la civilizacion. Así como el hombre civilizado, aparte de las condiciones físicas, que no está en su mano variar, aunque si modificar hasta cierto límite, es semejante en el resto á otro hombre civilizado de diverso pais; así las naciones civilizadas aspiran hoy á nivelarse, en todo aquello que de

nivelacion es susceptible, sin afectar hondamente á sus condiciones especiales de climas, temperamentos y topografía A esta aspiracion, ó mejor dicho, al fruto de ella, conviene y cuadra el nombre de cultura, y por esto se aplica bien y con propiedad á las naciones y no al individuo. Basta que de un hombre se diga que es civilizado; pero no así de una nacion que puede ser civilizada y hallarse muy lejos de ser culta. En el individuo la primera calidad envuelve en sí la segunda, por ser de ordinario su inmediata consecuencia; pero en las naciones suele prolongarse con demasía el período que media entre su civilizacion y ese refinamiento que se llama cultura, y que defiende de la accion combinada del genio propio, del influjo externo y de cierta docilidad y flecsibilidad en el carácter. El mas poderoso y eficaz de estos impulsos es el externo proveniente de la comunicacion y trato con otros pueblos, por donde la cultura de las naciones ha hecho en el siglo actual notabilísimos adelantos, gracias á la velocidad y baratura de los medios de locomocion, y cierto que si no existieran las otras circunstancias, que á no caminar de acuerdo estorban ó neutralizan su eficacia, bastaría la historia de las relaciones de un pais con los restantes del globo para servir de barómetro de su cultura. En Inglaterra se vé un ejemplo palpable de esta verdad. El influjo externo tan fecundo para otros pueblos, ha sido hasta ahora casi nulo, y muy lejos se hallará de ser nacion culta, si la inflecsibilidad y orgullo de su carácter no hubiese contaido con la fuerza intensísima de su genio propio y de sus nstintos de perfeccion, que vinieron á crear una especie de peculiar refinamiento. En efecto, mientras mas poder y orgullo tiene una nacion, mas tendencias manifiesta á obrar y á conducirse con arreglo á sus tradicio-

nes é inspiraciones. Así Inglaterra, por coincidir la época en que el espíritu civilizador comenzaba su obra de nivelacion, con la época de su grandeza, resultado de penosa gestacion, mostróse orgullosa, prendada de sí misma, apegada aun á las mismas preocupaciones y vicios que habian acompañado á su regeneracion, y que como unidas al recuerdo de una gloriosa jornada, tenian á sus ojos algo de sagrado y respetable. Por lo general, individuos y naciones, á no hallarse en un período de decrepitud ó en un estado lamentable de corrupcion y servidumbre, miran con mas gozo y predileccion el tiempo presente, que pueden mejorar, si es malo, que no el pasado, que aunque bueno, tiene ya su límite de bondad inalterable. Solo la Inglaterra llora sus pasados tiempos, y pondera su *Old England*, de sabor *ingénuo*, sin mezcla alguna de espíritu bastardo venido del continente, y la llora y recuerda con sentimiento tan profundo cual si fuese otro Israel en manos del Cananeo ó Jebuseo. Pero esto es fácilmente explicable; es el resultado de una larga vida propia, de una dilatada época de desarrollo casi exclusivo del ingenio nacional que llegó á crear y arraigar costumbres y hábitos siempre caros á los pueblos. Aun sin estas circunstancias, todas las naciones al prestarse á recibir el influjo civilizador moderno, que tiende á uniformar las fisonomías, lo han hecho con mas ó menos repugnancia, echando una mirada cariñosa á sus antiguos hábitos, y doliéndose de que se borren y desaparezcan las diversidades de rasgos, de usos y costumbres peculiares é indígenas, fuente abundante de poesía, por ser como formas connaturales con que se revelaban en toda su espontaneidad y viveza el genio diverso de los pueblos. Inglaterra, con mas causa que otra alguna se revelaba contra estas modificaciones, porque en el período de ais-

lamiento be que apenas acabamos de salir, era sin duda, la nacion mas adelantada. Llegó á tener paz, constitucion política enviable, y elementos seguros y permanentes para progresar, ya que no á galope tendido, al menos á buen paso de andadura. La clase noble estaba en su Elísea felicidad, respetada, tranquila y poderosa. La plebeya, aunque no muy digna de envidia, gozaba de esa felicidad negativa, patrimonio de filósofos, que consiste en circuncidar los deseos y poner raya á los apetitos. En efecto, el pueblo inglés no es como nuestro Sancho, que bajo el supuesto que de hombre á hombre no vá nada, aspiraba á gobernar ínsulas y reinos; antes al contrario, es capaz, si nada le dan, de morirse de hambre con la resignacion de un estóico. La clase media comenzaba á vivir, á gestionar, á representar papel y por la naturaleza de su condicion estaba llamada á ser el instrumento que la civilizacion necesitaba para llegar á la cultura. Ningun pais mas comercial que Inglaterra, que tiene factorías en todos los ámbitos del globo, que navega contínuamente en todos los mares conocidos y que resibe en su puerto viageros y productos de las cinco partes del mundo. Por consiguiente ningun pueblo mas á propósito para haber modificado su fisonomía especial, amoldándose á este tipo comun ya observable en las capitaler de Europa. Mas Inglaterra con su propio instinto pretendia llegar al completo de su cultura social, sin recibir lecciones de los estraños. Prendada de sí misma, se imaginaba superior en este punto á todas las naciones, de cuyas prácticas y costumbres nada tenia que aprender. Por esto el viagero inglés de reciente fecha, cuando la facilidad de las comunicaciones le hizo ver que existian otras naciones civilizadas, paseaba por el continente como si se hallase entre pueblos muy lejanos de cul-

tura, no queriendo aprender nada ni hallando ocasiones de hiperbólicas alabanzas, sino cuando contemplaba los residuos mismos que la cultura trataba de destruir ó aquellas ventajas que los pueblos debian á la naturaleza. Bajo cierto aspecto, la nobleza, cuyo predominio es en este pais verdaderamente efectivo, tenia razon para mirar de reojo el influjo continental, cuando no fuese mas que considerando la precipitacion con que habia cambiado en el esterior la atmósfera política y los grandes saltos dados en esa ciencia de derechos del hombre tan contraria á sus intereses, existencia y prestigio. Pudiera ser que el ódio á estas ideas se extiendese á todo cuanto viniese importado de afuera; pero en el resto de la sociedad el orgullo y el amor propio, y el fuerte apego á las tradiciones y preocupaciones impedia que fuese eficaz el medio que tan fecundo era para otros paises, como puede dar testimonio la Francia. Este pais es admirable en sacar partido de este elemento de cultura de los pueblos. Aunque tiene orgullo como el que mas y se precia de cultivar y dar el tono á las demas naciones, es el primero en adoptar, asimilarse y dar carta de naturaleza en su pais á todo lo que juzga en otros aceptable, como que parece estar destinada á ser la oficina en donde se dá á las ideas, á los objetos y á las costumbres la forma social y el cuño especial para que circulen en el comercio europeo. Francia ha tomado mucho de Inglaterra y hasta oficialmente ha introducido prácticas y espectáculos de su vecina, como son las exposiciones de ganados, carreras de caballos y exposiciones industriales. Inglaterra ha tomado poco, y aun casi ha escapado á su universal imperio en la moda. Su estrecha vecindad fué causa de que procurase alejarse de ella, merced al antiguo antagonismo que entre ambas naciones existia, y

aunque nuevos y mas esactós principios de derecho público y de economía política van desterrando este espíritu hóstil, apenas se hallarán en Europa dos paises mas diversos en costumbres que Inglaterra y Francia.

Ahora bien, en este estado de cosas, cuando el ingenio nacional, por mas iniciador que sea en materia de reformas y pulimento social, no alcanza con sus propios recursos á llenar ni satisfacer necesidades tan múltiples y varias, y cuando el amor propio, la indocilidad y el apego á los usos y costumbres tradicionales convierte en casi infecundo el medio ordinario y la vía normal de asimilacion y perfeccionamiento, Inglaterra concibe el proyecto de las exposiciones industriales, idea eminentemente ingénua, idea inglesa en toda la estension de la palabra, como que nació en parte de la exhuberancia de su actividad manufacturera, y en parte del deseo de mostrar su superioridad sobre todas las naciones, y he aquí que lo que era dificultoso por la vía normal y gradualmente, se convierte en hacedero y fácil por esta vía extraordinaria, y digámoslo así, anormal. A la ventaja de ofrecer cómodamente en un recinto al exámen de los trabajadores y empresarios, lo que á duras penas no podrian ver en muchos años, aunque recorriesen el mundo, se une la de acelerar tambien con paso de gigante la cultura del pueblo. Parece que el instinto nacional adivinó un eficaz remedio en estos grandes espectáculos, que habian de concentrar en su territorio inmenso número de forasteros y con ellos hasta ocasion de observar novedades de todo género. El influjo de estas invasiones pacíficas es tal, que no puede ser en todo su valor apreciado sino andando el tiempo, cuando infinitas mejoras y modificaciones se han propagado de suerte que saltan á la vista del menos observador. Hoy comienza á conocer-

se el que ejerció la exposicion de 1851. Quien haya visitado á Lóndres en esta época y le compare al Lóndres actual, hallará perfectamente impresa la huella de esta invasion primera, que equivale á cincuenta años de comunicacion ordinaria con la Europa. El pueblo inglés se desengañó entonces, y con gran provecho suyo, de que habia pueblos activos, adelantados en industria, en artes y en costumbres y prácticas sociales, y de que no debia mirarse con desden todo lo que no fuese inglés. Unióse á esto la feliz circunstancia de recibir la leccion en un momento y con un motivo altamente halagüeño, satisfactorio y glorioso, qué predispuso á la generalidad en favor de aquellas innovaciones en cuanto se asociaban á tan notable y fausto suceso, y así se esplica la facilidad con que se adoptaron y propagaron. Los forasteros que concurrieron á Londres hace once años, hallaron mucho que admirar ciertamente; pero tambien mucho que estrañar, censurar y hacer objeto de entretenimiento y buen humor. Los ingleses escucharon todo esto, primero amostazados, despues silenciosos y al fin se convencieron de que, pues tanto lo decian, no era posible que lo dijesen sin razon, y procuraron seguir en mucha parte sus consejos. Como el mayor número de los invasores era procedente de la vecina Francia, no hay que decir que esta nacion coadyuvó mas que otra alguna á las reformas, y que casi en la totalidad se revela y reconoce su mano y su influjo. En efecto, este fué tal, que hasta logró desterrar de las clases alta y media la intolerable preocupacion que por tanto tiempo habia dominado en materia que tanta libertad reclama, como es el adobo y composicion del rostro. El mostacho estaba rigorosamente desterrado de la buena sociedad y particularmente de la *city*,

y reputado como esclusivo distintivo de judio, emigrado ó *salta en bancos*. Bastaba que un dependiente de comercio se permitiese infringir esta ley, para que acto contínuo fuese despedido sin consideracion á habilidad ni servicios. Hoy sucede lo contrario y la opuesta moda se ha llevado á tanta exageracion que los franceses que este año concurren á esta capital no dejan de encontrar en ella materia para el pincel de Nadar y las páginas del *Journal pour rire*, Probablemente la nueva invasion estrangera implantará nuevos gérmenes que han de desarrollarse en lo futuro, y si bien es cierto, que la vida doméstica de los ingleses es un modelo que no tiene rival en pueblo alguno, la vida pública irá despojándose poco á poco de muchos inconvenientes intolerables para los naturales de otros paises que tan razonable parte forman en la poblacion de Lóndres. El elemento religioso se mezcla y prepondera con exceso en Inglaterra en las leyes de policía y órden urbano, y en un pais de cien religiones y una sola salsa, ni cuadra ni esquina este resto de fanatismo del *Kirch* escosés. La religion es negocio para Inglaterra de la conciencia individual para con el Ser supremo, y esto no se aviene bien con la religiosidad forzada de poblaciones enteras, donde residen personas de diversos cultos. Por otra parte, el precepto de santificacion del domingo por la abstinencia del trabajo, se halla violado ... Nadie puede evitar las innumerables infracciones que tienen lugar á cada paso. La autoridad misma las comete. En la exposicion internacional se ha trabajado en el dia festivo. Ciérranse los teatros y el palacio de crisral y se abre el de Hampton para distraccion del público. Las tiendas de tabaco surten de este género supérfluo hasta las doce de la noche, y otros artículos mas necesarios están vedados á los

habitantes de Lóndres. Estas y otras muchas anomalías insufribles al forastero han de desaparecer sin duda al contacto y la influencia que recibirá Inglaterra con el espíritu extrangero, tan susceptible de hacer honda impresion con sus periódicas y universales convocatorias, alcanzando lo poco que le falta para que realmente figure en primera línea entre las naciones mas cultas de la Europa.

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

LA JUSTICIA A LOS LUSITANOS.

Nueva restitucion del Palmerin de Inglaterra á Portugal, su verdadera patria.

Ha muchos años que sobre la base del *donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la libreria de nuestro Ingenioso hidalgo*, se viene disputando con mas ó menos empeño acerca del orígen de algunos libros de caballerías salvados por su bondad de la pena rigorosa del fuego, Entre ellos figura en primer término El Palmerin de Inglaterra, cuya propiedad disputamos al vecino reinò Lusitano. La historia de este litigio es ciertamente curiosa, y cuando no fuese digna de relatarse por el valor de la cosa juzgada lo seria por sus extraños trámites y singulares procedimientos y por los peregrinos alegatos hechos en favor de nuestra causa y reclamacion de un libro, que así nos pertenece como la

Eneida de Virgilio, el Orlando de Ariosto ó los dramas de Shakspeare.

No raras veces acontece en este órden de cuestiones, que las pruebas sean tan escasas ó se hallen de tal modo por ambas partes equilibradas, que, dudoso el ánimo, no se atreva á dar sentencia definitiva; pero en la cuestion Palmerin, títulos, documentos, datos, pruebas, indicios, autoridades, cuanto es necesario para afianzar y sostener legítimamente un derecho, militan de parte de los portugueses, sin que por la nuestra pueda oponerse uno solo admisible en buena crítica Solo un error grave, solo la falta de un exámen concienzudo de los documentos originales y el haberse dejado llevar por un impulso de entusiasmo patriótico, digno en verdad de todo elogio, nos ha hecho competidores injustos de los poseedores de esta palma, honra y gloria de la nacion á quien tocó en suerte. Y nosotros, por lo mismo que poseemos riquezas envidiables, ya que no conocemos límites donde encerrar la fecundidad pasmosa del dorado siglo de nuestra literatura, no debemos mostrarnos asaz codiciosos, cual si de dotes de ingenio estuviesemos desheredados, ni mendigar glorias agenas teniéndolas de sobra en casa.

La época que atravesamos estaba como predestinada para esponer y dilucidar esta cuestion. Siguió el Palmerin la suerte reservada á todos los documentos importantes de la literatura caballeresca; y fenómeno admirable, mientras vivió la letra del Quijote, que mataba los libros de caballerías desaparecieron estos del comercio literario, pereciendo unos totalmente y escondiéndose otros como si fuesen excomulgados vitandos; y ahora que la letra está muerta y comienza á vivir el espíritu, comienzan tambien á resucitar y aparecer los inocentes des-

terrados, entran de nuevo en circulacion, reconócese su mérito, disfrútase su própiedad y la prensa les asegura eterna vida. Juzgado por Cervantes el Palmerin como uno de los mejores libros de este género, nada mas natural que se trate del libro calificado en los momentos en que es objeto de atencion general el calificador. Solo á causa del Quijote se ventila hoy esta cuestion en España. Su fallo encomiástico tal vez hizo salvar del universal diluvio el ejemplar impreso en castellano que se conserva como tesoro inestimable en la biblioteca mas rica del universo. Cervantes, tan mal juzgado en punto á capacidad crítica, fué el único que acertó entre tantos como se engañaron. En su tiempo, *los Palmerines* era espresion proverbial sinónima del desprecio; Cervantes solo pudo hacer el nombre de *Palmerin* sinónimo de perfeccion. El fué el primer crítico inteligente y discreto de los libros de caballerías. El fué el primero que se atrevió á afrontar con la opinion general, levantando el Palmerin de Inglaterra á la altura que han respetado todos los literatos y críticos modernos, sin que haya habido uno solo que ponga en duda la justicia de sus alabanzas, ni aun se atreva á murmurar del juicio al parecer tan hiperbólico. Siempre me ha llamado la atencion que el parecer de Cervantes, supuesto enemigo de estos libros, haya tenido triunfo tan completo y dado vida en la posteridad á lo que tantos graves escritores quisieron dar muerte afrentosa marcándolo con el sello del vilipendio. Pero esto, asi como las consideraciones á que dá márgen, cosas son propias de otro lugar. Yo me limito á llamar la atencion en este momento hácia la autoridad adquirida por Cervantes á los ojos de los hombres instruidos en materias caballerescas, hasta el punto de haberla calificado de *irrefragable*. No se estrañará, pues, que

un español concuerde en esta apreciacion con los estrangeros, y que viendo como habia acertado el autor del Quijote en lo tocante al mérito del Palmerin, diese entero crédito á sus palabras en lo tocante al autor de este poema. Bien sé que en España corre otra opinion muy distinta sobre el acierto de Cervantes al hablar de libros y de autores; opinion que se funda en supuestos yerros encontrados por los comentadores; pero no sé qué se pensará el dia en que presente á la vista la suma de desaciertos y errores del mismo género en que estos incurrieron al criticarle, y eso que comparando las épocas y las situaciones respectivas, no hay disculpa para el que se equivoca en el siglo XIX, con tantos elementos de instruccion como proporcionan las enciclopedias, los diccionarios y los tratados bibliográficos; y lo que es peor, tratando de corregir al que careció de tales ayudas y no tuvo mas maestros que su aficion á las humanas letras. Concediendo que haya algun error en el Quijote, defecto comun á los bibliógrafos mas eminentes, no alcanzo por qué haya de influir y redundar en menoscabo de su autoridad en esta materia, cuando hallándose á docenas en sus comentadores gozan de la reputacion de eruditos y entendidos bibliógrafos. Para mí, tan leve accidente no es bastante para negar al autor del Quijote conocimiento y por consiguiente autoridad en materias de libros, y en esta persuasion tuve por cierto que el Palmerin era obra portuguesa. Cuando esto se puso en duda, traté de averiguar de qué parte estaba la razon, y hallé que en este, como en otros muchos casos, se podia sostener con seguridad de triunfo la causa de Cervantes, que es la de los portugueses, y con este intento hácia mediados del año anterior comuniqué en una carta al señor Hartzenbusch el resultado de mis investigacio-

nes, asegurándole haber descubierto pruebas incontestables de que la edicion española de este poema era traduccion del portugués. Indicaba al propio tiempo la conveniencia de que libro tan precioso y raro se reimprimiese en nuestra Península, pues era vergonzoso que existiendo ejemplares en las bibliotecas de las demas naciones, impresos en sus idiomas respectivos, solo careciese de él España, que le habia llamado suyo.

Al escribir esto, ignoraba que un año antes, en 1860, se habia impreso en Lisboa un opúsculo defendiendo la paternidad literaria de Moraes sobre este poema. De haberlo sabido, en vez de remitir mi carta al señor Hartzenbusch, hubiera comunicado mucho antes con el señor Odorico Mendez, abogado de la parte y causa lusitana, seguro de su agradecimiento, pues escribiendo en Lisboa se nota en el folleto de este entendido crítico la falta de inspeccion ocular del ejemplar existente en el Museo Británico. Ageno, pues, de la publicacion de esta obrita, habia yo reservado mis pruebas para el caso en que los amantes de nuestra literatura y apasionados de curiosidades se animasen á emprender con la reimpresion del Palmerin, cosa sencillísima, porque los ingleses lejos de estorbarlo, lo desean, comprendiendo que los libros se escriben para que se lean y no para que se los coma el polvo ó estén guardados debajo de siete llaves. Con esta idea, traté de que la citada carta fuese inserta en un periódico de Madrid, mas ora fuese por involuntario olvido ora por estravío, no logró salir al público, hasta que en 15 de Abril de este año la Revista científica y literaria que sale á luz en Sevilla con el título de La Bética, le dió cabida en la segundo número: y cabalmente en el mismo dia en que el segundo número de otra revista de igual indole, redactada en Madrid, traia

un artículo suscrito por el señor Gayangos, para probar que el Palmerin es obra española. La demora en la publicacion de mi carta en nada ha perjudicado al proyecto de reimpresion del libro, pues veo que en Barcelona se adelanta un editor á satisfacer esta necesidad, y por ello me felicito; pero tal vez no suceda asi bajo otros aspectos. De todos modos, faltándome ya la ocasion que esperaba, y, siendo urgente la rectificacion de la opinion pública, totalmente estraviada por el artículo de la Revista Española, me veo obligado á anticipar en obsequio á la justicia la publicacion de estos apuntes críticos.

Hasta aquí vá relatado lo que concierne al motivo de la reciente instancia sobre tan antiguo pleito. En cuanto á las anteriores todo es tan extraño y singular, que no dejaria de creer un supersticioso que alguno de los encantadores del linage caballeresco andaba mezclado en el asunto. En el espacio de trescientos quince años que lleva el Palmerin de existencia literaria conocida, casi medio siglo pasó por obra de un personage, de quien solo se sabia la patria y el rango que en la sociedad ocupaba. Un siglo y cerca de un tercio corrió como produccion de un literato portugués. Diósele despues á un español conocido ventajosamente en nuestra república literaria, el cual tuvo muy luego que ceder á un compatriota y paisano suyo parte de la gloria que generosamente le habian concedido; pero hallándose injusta esta mancomunidad, volvió á recuperar la parte y á gozar del todo, hasta que ha dos años se le despojó y volvió la Lusitania á recoger esta propiedad que, á guisa de bien mostrenco, se habia la Iberia adjudicado. Finalmente, no ha dos meses que el señor Gayangos la vuelve á traspasar á nuestros dominios, arrebatándola á los portugueses, y dando ocasion á que de una vez se adjudique á quien

legítimamente le corresponde; y á que al cabo de años mil, como suele decirse, vuelvan las aguas por donde solian ir: esto es, que vuelva á ser verdad lo que de la patria de este libro dijo el Licenciado en su escrutinio. Si estas idas y venidas de España á Portugal y de Portugal á España dan singularidad á su historia, no contribuye menos la circunstancia rara de que anden en juego nada menos que los nombres de ocho autores, á los cuales con mas ó menos fundamento se les atribuye, porque se habla de Francisco Moraes, el Rey Don Juan II, el Infante D. Luis, Miguel Ferrer, Luis Hurtado, Albert de Renes, Juan d' Esbrec, Daliarte (ó d' Alliard) y aun pudieran añadirse el duque de Braganza, el Infante Don Alonso, el mismo Don Sebastian, Jaymes Biut, Enrique Frusto, el escritor macedonio Tornelo y tres poetas de Inglaterra, de Francia y de la Provenza, que entre verdaderos y fabulosos, anónimos y conocidos, nobles y plebeyos, montan á la respetable suma de diez y siete. Considerado esto y las demas singularidades que haré notar mas adelante, parece, como dije arriba, que algun encantador anda de por medio. En efecto, cuando D. Vicente Salvá presentó en su catálogo de libros una prueba tan robusta del orígen Ibérico de esta produccion, y cuando á poco ofreció otra nueva robustísima de ser parto de un ingenio toledano, habia razon para creer que la contienda estaba ya conclusa y sin apelacion por ninguna de las dos partes litigantes. No ha sido así, y por el contrario vuelve á resucitar con mas empeño que nunca. ¿Qué es lo que ha tenido lugar? ¿Ha aparecido una edicion portuguesa anterior á la española? ¿Se ha exhibido ese nuevo documento, que, al sentir de nuestro académico podria solo privarnos de un derecho tan conspícuo y poderoso á la propiedad del Palmerin? Ver-

daderamente sorprenderá la respuesta á estas preguntas. Nada nuevo ha ocurrido; ningun ejemplar portugués ha aparecido; la edicion española continua siendo la mas antigua que en Europa se conoce; las declaraciones de los autores españoles se conservan intactas en sus páginas; y sin embargo. el Palmerin nació en Portugal, es original de un portugués y la edicion de Toledo de 1547, es traduccion y nótese bien, traduccion pobrísima y detestable de la original Lusitana historia. Ya comprenderá el lector, que se trata de revision detenida de los documentas existentes, puesto que no contamos con otros nuevos. Así es la verdad: y no sé porqué han dejado de sugetarse á rigorosa crítica los que poseíamos, ó qué razon ha movido á los que sostienen la causa española á sentar aseveraciones insostenibles, que indican una de dos: ó que ha predominado en ellos con demasía el entusiasmo patriótico, ó que no consultaron ni examinaron los documentos originales. Y tan cierto es esto, que el mismo señor Mendez, que aboga por tan justa causa, no ha podido presentar razones tales que dejen á Moraes por autor reconocido del Palmerin, antes al contrario, quien leyere el artículo de la Revista Española, creerá que pertenece esta palma á nuestra literatura, y que todas las alegaciones contrarias se hallan de modo satisfactorio refutadas. De mí sé decir, que no obstante que me encuentro al lado del señor Mendez, veo que el derecho de los españoles es sostenible con la argumentacion ó réplica del señor Gayangos, y esto me hace considerar hasta qué punto reducen las apariencias, y cómo el ingenio humano puede compaginar razonamientos y pruebas, que dén al error un aspecto á la verdad tan semejante, que logre con ella confundirse. Mi intento es aclarar estas oscuridades y acabar con esta confusion lamen-

table, en que hace tiempo nos hallamos envueltos; sintiendo que por causas involuntarias, lejos de tener el gusto de ver al señor Gayangos de mi parte, tenga el disgusto de disentir y refutar sus opiniones para mí siempre autorizadas y respetables.

Sentados estos preliminares, voy á entrar en la cuestion, dispensándome de hacer la historia del Palmerin separadamente y como introduccion á este trabajo, no solo por ser mas ó menos conocida, sino porque al final se hallarán todas las diversas oficinas formuladas hasta ahora en el mundo literario sobre la autenticidad de este poema. Hablaré, pues, de lo necesario para ir tejiendo la tela de esta interesante controversia.

Ya hé indicado que Cervantes fué el primero que hizo caballero á este hijo de Don Duardos, Duarte, ó Eduardo. Quiero decir, que le elevó y ennobleció con un rasgo de su pluma, Las mayores lumbreras del siglo décimosesto, habian marcado su frente con un sello ignominioso, y el Palmerin corría avergonzado y confundido entre la plebeya y mísera caterva de libros de caballerías, blanco perpétuo de los anatemas de escritores religiosos y profanos. Cervantes, hombre oscuro á la sazon, despues de un silencio de veinte años, y en el libro mismo en que aparenta matar y consumir á fuego el género caballeresco, alza su mano y levanta y perdona y proclama la superioridad no sospechada de este libro, y en tono grave, sentencioso y digno, pronuncia estas palabras: «Esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve *como á cosa única*, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro.... tiene autoridad por dos cosas: la una *porque él por sí es muy bueno*, y la otra porque *es fama* que le compuso *un dis-*

creto Rey de Portugal.»

Tal fué el veredicto del supuesto exterminador de los libros de caballerías. Opinion era esta, que debiera haber llamado la atencion de los contemporáneos, si hubiesen tenido del gran Cervantes la alta idea que vá formando la generacion presente. Bien claras son sus espresiones y apesar de esto el Palmerin de Inglaterra no tuvo en la sociedad mejor suerte que el de Oliva Como este y como todos se hundió en el olvido y el desprecio, hasta el punto de no haberse hallado ejemplares en español por mas de dos siglos.

«Nadie, que yo sepa, señala el paradero de ejemplar ninguno en nuestro idioma,» escribia el erudito Clemencin en 1833: el mismo autor que osó tirar piedras á Cervantes en materias de bibliografía y erudicion, teniendo de vidrio su tejado, pues ya era público en Europa que existía uno de la edicion toledana. Pero el fallo estaba dictado, y cuando comenzó á reformarse la opinion pública en esto de libros de caballerías, tocó su turno al Palmerin y se rescató de la ruina á un ejemplar precioso, y se imprimió nuevamente en su nativa lengua y se tradujo á la inglesa, en cuya nacion el obispo Percy por un lado y el doctor Bowle por otro llamaban la atencion de los literatos á esa suma de ignorados tesoros. Cervantes triunfó y su veredicto fué acatado en todas las naciones civilizadas Pero Cervantes, no solo habia indicado el mérito del Palmerin, sino que indicó su patria y hasta ciarto punto su autor. Su dicho, en lo que toca á nacionalidad, no fué puesto en duda hasta 1826. Su opinion en cuanto al autor, lo fué desde el momento en que apareció la edicion de Evora de 1567, con una dedicatoria de Francisco Moraes. Bien mirado, esto último no destruye del todo la asercion estampada en el Qui-

jote, porque queda lo principal para el intento, que es el orígen portugués del poema; pero la destruye por completo la opinion de Salvá que atribuyó el libro á los españoles.

El erudito filólogo don Vicente Salvá, llegó á poseer un ejemplar de la edicion príncipe del poema en castellano, impresa, como es sabido, en Toledo, en la oficina de Fernando de Santa Catalina, en 1547. Por ella á la simple lectura, se deducia que el autor lo era Miguel Ferrer (editor ó impresor,) quien dedica la primera parte al muy magnífico señor don Alonso Carrillo, y la segunda al no menos magnificado señor Galasso Rótulo. Con este descubrimiento gozoso y satisfecho, anunció el señor Salvá que el Palmerin era prenda nuestra, y de aquí tomó ocasion el señor don Adolfo de Castro, y no sin fundamento, segun diré despues, para atribuir á Ferrer el Palmerin de Inglaterra. Pero he aquí que el hijo del señor Salvá (don Pedro), registrando cuidadosamente el ejemplar vetusto, y buscando si por ventura contendria algun acróstico las octavas que se ven al comienzo del texto y continuacion de la dedicatoria, halló que en efecto, le contenian y que en él estaba suficientemente declarado quien fuese su verdadero autor. Esta imaginacion del señor Salvá fué de veras ingeniosa, porque acabando de hablar Ferrer y de afirmar varias veces, que era fruto suyo aquel trabajo, el epígrafe de *el autor al lector* que llevan las octavas, claro es que se referian al que acababa de nombrarse en la dedicatoria autor del Palmerin. Pudiera ser tambien que le llamase la atencion esa insistencia y repeticiones, y que fuese guiado por el ejemplo de muchos libros de aquella época, en que los autores acostumbraban á declararse con estos artificios; pero sea como quiera, aplaudo esta

les, rompen y saltan á la vista infinidad de contrasentidos, segun veremos con solo tener en cuenta lo poco que hasta aquí vá historiado. Así, por ejemplo, si examinamos la popularísima declaracion hecha por Cervantes acerca de la nacionalidad del libro, vemos que no lo atribuye á Portugal, porque esta fuese su opinion, ni dá su parecer como individual y propio suyo Dice que es *fama* que le compuso un discreto Rey de Portugal. Esto es, que en su tiempo todos creian que era un poema escrito originalmente en portugués. ¿Se ha meditado bien acerca del significado de la expresion *es fama?* Pues cuando menos, nadie negará que esa general creencia no podia haberse formado en los años en que escribia el capítulo del escrutinio. Una opinion para que llegue á generalizarse necesita el transcurso de cierto número de años, y este número de años que necesitó la que Cervantes consigna relativamente al Palmerin, hasta el punto de decirse con propiedad que *era fama* y voz pública, coincide exactamente con el tiempo que habia transcurrido desde que salió á luz la edicion del Palmerin en castellano, que podemos computar aproximadamente en cincuenta años. Cincuenta años es un período razonable para que una opinion se generalice y sea afamada. Luego hay que suponer el orígen de esta opinion coetánea con la aparicion del Palmerin en 1547. Y yo pregunto: ¿cómo una edicion española pudo dar cabida á una opinion que atribuia el poema á un ingenio de Portugal? ¿cómo esta misma opinion habia contribuido á dar autoridad al libro en concepto de algunos? ¿Pudo estampar Cervantes que era creencia general lo que nadie creia? ¿En qué documento de aquella época se ha consignado que Hurtado ni Ferrer fuesen autores del Palmerin? ¿Qué causa hubo para que no se diese fé á tan-

tas aserciones como Ferrer hizo en su dedicatoria? Yo doy de barato que entre tantos lectores como tuvo el Palmerin ninguno dió con el acróstico descubierto por el señor D. Pedro Salvá; pero ya que Hurtado no apareciese por entonces como autor; ¿por qué no apareció Miguel Ferrer que no se oculta, antes se manifiesta repetidas veces? ¿Es creible que nadie leyese la dedicatoria? Esta suposicion es inadmisible. Por el contrario, se sabe que en aquella época en que los autores tenian que buscar en los grandes proteccion para sus obras, las dedicatorias debian llamar la atencion de los literatos y del público que las leian con mucha curiosidad, por ver cual era el protector ó Mecenas escogido y enterarse de los términos y alusiones de contínuo empleadas. Testimonio de esto es el estilo trabajado y cuidadoso en ellas usado. Eran tambien entonces las dedicatorias una especie de desahogo de los pensamientos y resentimientos de los escritores, segun que muestran infinitos ejemplos. En ellas se punzaba y atacaba, se discurria ó filosofaba con algun intento particular ó general, y siendo esto costumbre recibida entre buenos y malos escritores, júzguese de la diligencia con que irian ante todo á satisfacer su curiosidad ó sus temores. Y leyendo la dedicatoria del Palmerin, ¿cómo no se tuvo á Ferrer por autor? Este libro de caballerías se acabó de imprimir en su primera parte á los 24 dias del mes de Julio de 1547, ó sean setenta y seis dias antes del nacimiento de nuestro poeta, ocurrido el nueve de Octubre del mismo año. Cervantes, que tan aficionado era á la lectura, alcanzó á ver esta edicion toledana, en donde existía la dedicatoria. Aunque concedamos que no leyó el Palmerin sino en portugués, cosa improbable, siempre tendremos que comenzó á vivir á par que la fama buena ó mala del Palmerin·

y á par de la creencia que á un Rey de Portugal lo atribuia. ¿No es esto una prueba incontestable de que nadie creyó que fuese original de Ferrer? Y si á pesar de las declaraciones de este prevaleció el orígen portugués del Palmerin, ¿no es de suponer que hubo alguna razon poderosa para ello? ¿Cómo la nacion española de comun acuerdo sostiene por tantos años la creencia de que pertenece á un Rey de Portugal, cuyo nombre ignora, teniendo en la Península á Miguel Ferrer que consigna su paternidad intelectual públicamente? ¿Qué nacion es esta ni qué hombres aquellos, que ván á dar la gloria de haber escrito un buen libro á un escritor semi-anónimo, negándola á quien dentro de casa á voz en cuello la reclama? ¿Y dónde está la crítica si no alcanza á ponderar todo el valor de estos contrasentidos? ¿Acaso se necesita leer el poema para que den en rostro tamañas anomalías? Cuando otras razones no hubiese, debieran haber bastado estas consideraciones para admitir con reserva y recelo la opinion de que el Palmerin es planta de nuestro suelo

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

VARIEDADES.

El Martes 24 de este mes á las doce de la mañana recibirán de mano del Decano de la facultad y en la Iglesia de la Universidad Literaria la investidura de Licenciados en derecho civil y canónico los señores D. Juan de Dios Montesinos, D. Fernando Regifo, D. Ricardo Bueno, D. Serafin Calzadilla, D. Manuel Merry, D. Bonifacio García Pego, D. Juan Perez de Vargas, D. Eugenio Enrique de Cáceres, D. José García y Guerra, Don Francisco de Paula Sierra, D. Manuel Mateos Cañero, D. Antonio Berea, D. Manuel Perez Porto, D. Recaredo Conejo, D. Leopoldo Gandarias, D. Eduardo Navarro, D. Manuel Piñar, D. José Quintanilla, D. Cristóbal Ramirez, D. Cárlos Toledo, D. Faustino Posadas, D. Rodrigo Sanchez Arjona y D. Luis Ponce de Leon.

Aventajados alumnos todos ellos que con tanta lucidéz como aprovechamiento han terminado en el curso próximo pasado su larga carrera. Será su padrino el señor D. José María de Alava, Doctor y Catedrático de esta escuela, y el discurso y dacion de gracias estarán respectivamente á cargo de los Licenciados en Administracion señores García Pego y Perez de Vargas.

BREVIS SUMMA DE FEIDE,

por Santo de Aquino, traducida al castellano por D. Leon Carbonero y Sol.

El corto espacio con que contamos hoy nos impide presentar un detenido exámen de esta obra, la última que escribiera el Doctor de las escuelas. El gran movimiento intelectual que observamos á par que la aficion estrema á los estudios metafísicos y teológicos, son los que han impulsado al muy docto Director de *La Cruz* á llevar á cabo la traduccion de esta obra, que hecha de una manera elegante y en lenguage correcto y castizo viene á comprobarnos de nuevo las altas y relevantes dotes de nuestro colaborador el señor Carbonero, no tan solo como escritor y poeta sino tambien como profundo filólogo.—La obra está dividida en dos partes.—La primera contiene doscientos cuarenta y seis capítulos, de los que los treinta y seis primeros se ocupan de Deo Uno: desde el treinta y siete á cuarenta y nueve se halla espuesta la doctrina, relativa á Deo Trino: el cuarenta y nueve y siguientes hasta el ciento cuarenta y tres presentan resuelto todo lo concerniente á Deo Creatore: desde el ciento cuarenta y tres al ciento ochenta y cinco se consigna la verdadera doctrina sobre la Gracia, y por último desde el ciento ochenta y cinco al doscientos cuarenta y seis inclusive se mira escrito el tratado de Deo incarnato—La segunda parte solo contiene diez capítulos, que versan sobre la oracion, su necesidad, sus clases, su razon etc.: tratado que no concluyó el Angélico Doctor por haberle sorprendido la muerte.—Nada diremos del mérito de la obra, pues hemos dicho quien es su autor.

Por todo lo no firmado el secretario de la redaccion Francisco de Salas y Ruiz.

F. y E. R. D. Manuel Merry y Colon.

DISCURSO

leido en la Real Academia Española en la recepcion pública del señor Don Juan Valera, en 16 de Marzo de 1862.

(Conclusion).

Por una inadvertencia se suspendió este discurso, interrumpiendo un período en vez de haber concluido el párrafo.=Comienza en el período interrumpido.

puede conducirnos, á poco que se exagere, á hacer de la humanidad una apoteósis panteistica; pero encerrada dentro de sus justos límites, aviva la filantropía y despierta nuestro interés por todos los hechos de los hombres y por todas las manifestaciones de su espíritu.

A estas razones, que movieron á coleccionar y á publicar en casi todos los paises, los cuentos vulgares, como los de Alemania, por los hermanos Grimm, los polacos, por Woysieki, los de los montañeses de Escocia, por Gran

Stewart, los del Sur de Irlanda, por Crofton Croke, por Souvestre los bretones, y así otros muchos, vienen á unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se despertó por las guerras invasoras de Napoleon I, y el deseo que muestran desde entonces todas las naciones de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su *autonomía;* deseo justo y útil, si, con la pintura de pasadas glorias, no excitase á muchos á querer remontar la corriente de los siglos y á retroceder á la barbarie, soñando en renovarlas; si, por querer guardar y hacer constar las diferencías que á las naciones separan, no los llevase á romper ó desatar los lazos que las unen; y si, por afirmar la variedad, no propendiese, en ocasiones, á negar la unidad en que la variedad se resuelve.

De todas las causas que he apuntado se originan el empeño y el estudio puestos en recoger piadosamente los cantos populares y en coleccionarlos. Du Méril y Follen lo han hecho con los latinos, con los servios Talvj, y Marcellus y Fauriel con los griegos. El vizconde Hersart de la Villemarqué, ha recopilado y estudiado las leyendas bretonas; Simrock ha traducido en el aleman de ahora los *Nibelungen* y algunos cantos de los *minnesinger;* los finlandeses han resucitado y reconstruido con fragmentos dispersos su grande epopeya del Kalevala: Aguiló y Milá y Fontanals han hecho sendas colecciones de romances catalanes, y Garrett ha restaurado y publicado los portugueses.

Citar aquí el inmenso cúmulo de obras, de colecciones, de comentarios, de disertaciones críticas, que de poesía popular y sobre poesía popular se han escrito y publicado, sería prolijo por demas y ageno á mi propó-

sito. Baste decir y saber, que, para gloria de España, no hay en nacion alguna cantos populares que, ni en calidad ni en abundancia, puedan rayar tan alto, ni siquiera competir con nuestro romancero, en cuyo estudio, formacion y divulgacion, tanta y tan merecida fama han adquirido algunos ilustres individuos de esta Real Academia, y singularmente el señor Duran, cuya nombradía y reputacion se extienden y crecen en la docta Alemania, donde es apellidado por Wolf y por otros críticos el mas eminente de los nuestros.

Lo que yo quiero advertir no es sino el error vulgar que de este estudio y aficion á los cantos populares ha nacido, poniendo muchas personas entre ellos y la poesía erudita cierta enemistad y antagonismo, y despreciando á esta para ensalzar mas á aquellos. Muchas personas han acabado por preferir los ahullos poéticos de los caribes á las odas de Horacio; los himnos latino-bárbaros de la edad media, á la *Cristiada* de Vida; y una *cancion de gesta* á la *Eneida* ó á *la Jerusalen*.

Nace esto, á mi ver, de la equivocada inteligencia de la poesía popular y del incompleto conocimiento de su historia. El carácter esencialísimo que distingue á la poesía del pueblo es el ser impersonal, mas no porque no sea obra de un poeta, cuyo nombre se sabe á veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras. En las épocas de espontaneidad el poeta no vuelve sobre sí mismo, no reflexiona, no le deja tiempo para reflexionar el espectáculo de los casos humanos y de la naturaleza inexplicada y misteriosa que le rodea, sobre la cual se difunde su espíritu en vez de reconcentrarse y abismarse en su propio centro: por donde los poetas de aquellas edades no son *sugetivos*, como se nombran y son muchos de ahora; antes borran por completo

de sus obras toda su personalidad.

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,

dice Homero. Ni siquiera es él, sino la diosa la que canta. Pero que sean ó no personajes reales ó fabulosos los autores de los poemas homéricos, ó de los himnos del Rig-Veda, importa poco á nuestro propósito. Aquellas poesias son populares porque llevan en sí todo el pensamiento y todo el corazon de los pueblos.

Esto no prueba. sin embargo, que las grandes y primitivas poesías populares sean obra del vulgo, tengan un orígen plebeyo; antes suelen ser creaciones de una aristocracia sacerdotal, ó guerrera, ó ambas cosas á la vez, la cual comunica al pueblo algo de su ciencia por medio de símbolos y de figuras. Y tanto es así, que el poeta llega á veces á divulgarla de un modo imprudente, y pone en conocimiento de los profanos, con transparencia sobrada, ora el oculto saber de los bramines, ora los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eléusis, concitando en contra suya la cólera de la divinidad y la venganza de los hombres. De aquí el desastrado fin de Orfeo, la persecucion padecida por algunos profetas de Israel, y hasta, en épocas posteriores, la muerte milagrosa de Esquilo por el águila de Júpiter.

En los pueblos de una civilizacion mas autóctona, menos derivada que la nuestra, procedente de otra, sin que entre ambas haya habido tinieblas, sino desmayo y parcial eclipse, apenas si cabe distincion entre la poesía popular y la culta ó erudita; pero en nuestras naciones de la moderna Europa sucede lo contrario. Si bien la poesía erudita, con el recuerdo de la antigua civilizacion, ha empezado por iniciar á los pueblos en la aurora de

la nueva, y los ha iniciado á menudo por medio de la lengua que moria y no de la lengua que nacia, los poetas se han dividido despues en las dos diversas clases de eruditos y de populares; pero esto es un mal y no un bien, una pobreza y no una riqueza; esto denota mengua, ó en el pueblo, que ha menester que le digan sólo cósas antiguas, rastreras y en estilo humilde, para que las alcance; ó en el poeta que, para ser popular, tiene que hacerse anacrónico, ó doméstico y bajo, en el pensamiento y en la forma, retrocediendo á las edades bárbaras y transformando la poesía en una antigualla ó en una mala *prosa*

en roman paladino,
En la fabla que el vulgo le fabla á su vecino.

La poesía no debiera ser mas que una, siendo siempre popular la buena, y la mala no popular, ni merecedora del nombre de poesía.

En la moderna Europa los bárbaros hacen que decaiga la civilizacion latina y el cristianismo echa por tierra las religiones paganas, y los fragmentos derruidos de la civilizacion antigua y de las antiguas religiones pasan transformados á la poesía popular, que es, por este lado, un recuerdo, mientras que las hazañas, las glorias y las virtudes de la naciente caballería, y el espíritu suave de la religion nueva, pasan tambien á la poesía popular, que por este otro lado es una esperanza. Y de esta esperanza y de este recuerdo nace lo maravilloso de la edad media; aquella rica y pasmosa mitología, aquellos ensueños, unas veces alegres y hermosos, otras tristes y feos, aquella mezcla singular de lo grotesco y de lo sublime, del ascetismo y del libertinaje, de la corrupcion y de la inocencia, de la candidez y del artificio.

En los siglos XI y XII es cuando principalmente se combinan y funden los restos de las antiguas civilizaciones con el embrion de la moderna. Entonces empieza á brotar la luz del cáos. Entonces nos da la historia un período, tan fecundo en informes epopeyas, gérmen del saber futuro y de la venidera poesía, como en grandes revoluciones, trastornos sociales, renacimiento y muerte política de nacionalidades y de razas. En aquella edad, las paganas semi-civilizaciones, si se me permite esta expresion, que aun quedaban en Europa, se pierden en la civilizacion católica, y al desaparecer, nos legan, en memoria de su bárbara grandeza, monumentos, como el *Edda* poético y los *Sagas* escandinavos, que recopila Soemund Sigfuson en la remota Islandia. Los pueblos, convertidos al cristianismo, transforman en hechiceras á sus sacerdotisas, á sus profetisas en brujas, á sus dioses en diablos, á su Walhalla en infierno. En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglosajona, y pierde su brío la temprana cultura que produjera á un Beda, á un Alcuino y á un Alfredo el grande; la raza celta se diria que renace en cambio á nueva vida, y satisfecha de ver humillados á los anglos. sus vencedores y dominadores, hace revivir á Telesino, á Iseo, á Lanzarote, á Merlin y á Ginebra, evoca de la encantada isla de Avalon á su mesías nacional, el rey Arturo, ilumina y dora con la luz de la religion cristiana á todos estos fantasmas gentílicos, y da nacimiento al ciclo épico de los caballeros de la tabla redonda, y á los amores, aventuras, encantamentos y hazañas de los libros de caballería.

En aquella edad, los piratas noruegos recorren los mares, y llegan hasta la América del Norte; los aventureros de Normandía conquistan la Sicilia, las Calabrias y

la Inglaterra; y el gran movimiento de las Cruzadas agita á todos los pueblos de Europa y los pone en íntimo contacto. Aunándolos para la santa empresa, les revela que forman todos ellos una sola república, y, arrojándolos sobre Asia, infunde en su renaciente civilizacion extraños elementos orientales. Las supersticiones, las fábulas, la ciencia, las tradiciones, las ideas, y hasta los ensueños poéticos de tantos pueblos distintos; los silfos y los enanos de la mitalogía alemana, las hechiceras célticas, los pigmeos y los cíclopes de Homero, los gigantes de Hesiodo, los grifos y los arimaspes de Herodoto y los genios y las hadas de Oriente, se mezclan y se confunden Virgilio y la *Leyenda áurea* inspiran simultáneamente al pueblo. Las tradiciones clásico-gentílicas aparecen ó se divulgan á par de las vidas de santos, y las historias de la guerra troyana y de las conquistas de Alejandro el Macedon, al mismo tiempo que las de Cárlo Magno y sus doce Pares. Todo esto pasa de la lengua latina, en que se escribe por los letrados y para los letrados, á poemas eruditos en idioma vulgar, y por último, de estos poemas, á la memoria y á la poesía del vulgo (1).

De cuanto queda dicho se deduce que, no hubo ese despertar misterioso, ese carácter de originalidad nativa y ese no aprendido canto, como el de las aves cuando nace el alba, que algunas personas creen hallar en la edad media. Así como en un metal en fusion es fácil poner liga de otros metales, formando del todo una sus-

---

(1) En nuestra manera de explicar el origen de la poesía uopular de la edad media, creemos que convienen Milá y Fontanals, en su tratado *De la poesía popular* y en su obra mas reciente *De los trovadores en España;* Gervinus en su *Geschichte der Deutschen Dichtuny;* Ozanan, *Des sources poétiques de la Divine Comédie*, y otros muchos autores.

tancia, si no homogénea, uniforme, así en la edad media, se formaron las civilizaciones nacientes, por amalgama de mil diversos elementos, y fueron menos nacionales y propias de lo que pueden ser ahora: porque, si bien es cierto que entonces era menos frecuente que en el dia la comunicacion entre los pueblos, tambien lo es que esta comunicacion era mas íntima y profunda. El espíritu de las naciones era entonces como blanda cera que cede á la menor presion, recibiendo el sello que se le impone, y hoy es como el acero mas duro, que antes se rompe y salta que recibir otra forma de la que tiene.

En balde tratan de disfrazar esta verdad los que, imbuidos en ciertas ideas políticas y filosófico-religiosas, han concurrido á trazar en la imaginacion de las gentes, en odio á la moderna filosofía, á las artes y á la literatura gentílicas del renacimiento y á otras doctrinas mas nuevas, un bello ideal político, artístico, poético y literario en la edad media, cuyo primitivo encanto encomian y levantan hasta los cielos. No comprenden los que así discurren que la civilizacion no nació en la edad media: lo que hizo fué divulgarse, engertarse en los nuevos idiomas y recordar lo olvidado. El pueblo no se movió á pensar ni á cantar, tanto por un impulso propio é nstintivo, cuanto por el recuerdo y la noticia de la ciencia y de la civilizacion pasadas; recuerdo y noticia que fueron los doctos despertando en él ó transmitiéndole pausadamente. Por esto Roscelin, San Anselmo, San Bernardo, Pedro Abelardo y otros muchos doctores profundos, angélicos, iluminados ó sutíles, conocedores de los Santos Padres y de los poetas y filósofos de la antigüedad clásica, y expresándose en un idioma sábio, se adelantaron, especialmente en las naciones neo-latinas,

al siglo XIII y á todo poema escrito, si no por el pueblo, para el pueblo, en lengua vulgar y digno del nombre de poema. La prosa y la poesía cultas, y hasta la poesía por todo extremo artificiosa, se formaron tambien por reflexion y con estudio, antes de que el pueblo desanudara la lengua y rompiese en cantos que no fueran informes y bárbaros del todo. Y lo que en general digo de las naciones de Europa, puede tambien decirse de España. Entre nosotros no hubo poesía popular, digna del nombre de poesía, hasta fines del siglo XV ó principios del XVI; á la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y á la perfeccion de la poesía, considerada en general, la perfeccion de la prosa. *Las Partidas*, *El Conde Lucánor*, *Las Crónicas* y la *Celestina*, valen diez veces mas que todos los poemas y canciones anteriores al siglo XVI Los romances ó no existen ó valen poco, antes de esta época. En buen hora pretendan los señores Wolf, Duran y Pidal, ver en el poema del Cid un centon de romances primitivos; el poema del Cid parecerá siempre á los mas de sus lectores un trabajo artificial y erudito, donde se nota el esfuerzo para expresarse en una lengua ruda y apenas formada, y donde se imita la versificacion francesa de las *canciones de gesta* Quizás la misma descomposicion que hacen aquellos sábios críticos para hallar romances en las séries *monorimas*, la hicieron para escribir romances los que en un principio los escribieron, ya que no tomasen aquel metro y hasta el artificio del asonante, de los himnos latino-bárbaros, escritos los mas en la medida del *Pervigilium Veneris*, de donde tal vez procede nuestro verso octosílabo. Ello es que del orígen de los romances se puede afirmar muy poco con certidumbre. Dicen que los habia en el *Cancionero* del infante D. Juan Manuel, que se ha perdido, y Gayangos y Ve-

dia citan, en la traduccion de Ticknor, el mas antiguo que se conoce, pero es culto y no popular, tomado del Cancionero de Lope de Stuñiga, obra del siglo XV (1).

Todo esto prueba, á mi ver, que la poesía popular cuándo ha tenido en España su verdadera eflorescencia ha sido en los siglos XVI y XVII, y que la revolucion literaria de Boscan y Garcilasso y el influjo de la literatura italiana en la española no han ahogado la originalidad de esta. La originalidad vino cuando el pueblo tuvo plena conciencia de sí, y se manifestó en el romancero y en el teatro. Nuestra literatura de la edad media se puede demostrar que es menos original y hasta menos católica que la posterior al renacimiento. Solo se fundan en sueños vanos los que se lamentan de una fantástica originalidad perdida. Tan artificial fué Castillejo como Boscan, y menos castizos y mas imitadores de la poesía extranjera fueron los autores de los *Cancioneros* que Garcilasso, Herrera y Rioja.

Las preocupaciones de historia literaria, que acabo de combatir, tienen grande influencia en el dia, señalando una senda errada á la literatura de la edad presente y extraviando asimismo la crítica literaria.

La idea de que la poesía popular es superior á toda poesía y de que á la espontaneidad se lo debe, ha hecho que muchos poetas vean en la erudicion y en el estudío los mayores contrarios de la inspiracion, y que hasta procuren ser ignorantes y se jacten de serlo, con tal de parecer espontáneos y originales, tomando á veces por inaudito é imaginado por ellos lo que de los libros que no han querido leer, ha pasado á la mente de todos, y

(1) Véanse las obras citadas de Milá y Fontanals y la de Wolf *Studien zur Geschicte der Spanischen und Portugiesischen Nacional literatur.*

de allí, por decirlo así, ha venido como á diluirse en el ambiente que se respira.

Otro de los errores ha sido el negar la importancia de la forma, teniendo por indigno del poeta inspirado este cuidadoso esmero. que tachan de académico y hasta de mecánico; «porque, los que así piensan, como dice Fray Luis de Leon, piensan que hablar en romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen, que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio. Y negocio, que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonía y dulzura.»

Otro de los errores que se originan de la mala inteligencia de la poesia popular y de la aficion desmedida á ella es el de no admitir, y repugnar como pedantescos, muchos vocablos elevados y peregrinos que son propios del dialecto poético; lo cual es absurdo, porque en todos los tiempos y paises ha habido un lenguaje para la poesía, diferente del de la prosa. Si así no fuera, no seria ridículo decir en verso *el aceituno de la paz* en vez de *la oliva de la paz*, ó *un señor de muchas campanillas* en vez de *un prócer*. Si así no fuera, no seria ridículo decir en prosa familiar *mi esposa* ó *mi consorte* en lugar de *mi mujer; mi consorte* ó *mi esposo* en lugar de *mi marido: me voy al lecho* ó *al tálamo* en vez de *me voy á la cama; ríceme usted la cabellera* en lugar de *ríceme usted el pelo* (1).

(1) Hay ademas otra razon en favor del dialecto poético. Cuando un poeta canta los héroes, arrebatado por el entusiasmo, sin estudio ni esfuerzo, emplea naturalmente palabras y frases peregrinas:

. . . *Per audaces nova dithyrambos*
Verba devolvit:

como dice Horacio, en alabanza de Píndaro.

Otro error es tambien el querer ser muy español y muy castizo en el pensamiento. El pensamiento nunca es propio de ninguna casta; el pensamiento pertenece á la humanidad entera. En lo que si se puede y se debe ser castizo es en cierta manera de sentir y en la forma. Toda civilizacion es el producto de muchas civilizaciones, *informado* de cierta manera. En el acerbo comun de toda civilizacion entran caudales de ideas propias y peregrinas, cuyo orígen diverso es á menudo difícil de deslindar para poner en claro lo que es extranjero y lo que es propio y castizo. Acaso el que crea que piensa muy españolamente, esté pensando, sin saberlo, á la francesa, á la inglesa ó la turca.

Es otro de los errores una timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentílica, como si, porque no tengamos por dioses, á los habitadores del Olimpo, hubieran muerto y se hubieran borrado de la imaginacion humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inteligencias secretas que animaban y movian el universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche, en los mares, en las selvas, en las fuentes y en los rios, mientras que la naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. ¿No hay brujas, silfos, hadas, peris, gnomos, enanes y gigantes, en las modernas leyendas y en los modernos versos? Pues ¿por qué, cuando venga á propósito, no han de intervenir tambien en ellos, Vénus, Apolo y las Musas? ¿Por dicha, son las brujas mas verosímiles que Júpiter? ¿Son mas ortodoxas ó tienen mas analogía con el cristianismo las hadas y las sílfides que las Gracias? Una civilizacion nueva no borra, ni destruye, sino absorbe y comprende los elemen-

tos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aun los dioses del Olimpo en nuestra civilizacion, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales. Ni Dante, ni Ariosto, ni Camoens, nl Calderon los arrojaron de él, y no me parece que debamos arrojarlos nosotros (1).

Es otro error mas trascendental aun, nacido del prurito de ser populares, el de rebajarse á la comprension del vulgo mas vulgo, y hasta muy por bajo; pues suelen los poetas hacer ofensa al vulgo, suponiéndole mas ignorante y simple de lo que es, quizás para excusa de serlo ellos. Pero aunque el vulgo lo fuese, no deberian los poetas humillarse para agradarle. Escriban buena poesía, y si no son populares, la culpa no será suya sino del vulgo. Y si la escriben mala, aunque alcancen un favor efímero, no serán poesías populares, sino vulgo y copleros. Los grandes poetas populares que ha habido en el mundo, no se han rebajado hasta el vulgo, sino que han elevado al pueblo hasta sí.

Tambien proviene del modo vulgar de entender la poesía y del empeño de merecer una grande popularidad, la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que como cosa perfecta tiene ella en sí misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Va-

---

(1) Hablando de los poetas de la antigüedad, dice Leopardi,

á cui natura
Parló senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrar de Atene e Roma.

Este poeta, en su composicion *Alla primavera ó delle favole antiche*, y Schiller, en su bellísima oda *Die Gotter Griechenlands*, han defendido aun el paganismo clásico en poesía, á pesar del abate Gaume y de los románticos todos: pero quien ha hecho de él mas brillante y sublime defensa ha sido Monti en su discurso poético *Sulla mitología.*

mos, dicen algunos poetas, á ser útiles; vamos á enseñar moral, religion, política, filosofia y hasta economía á nuestros conciudadanos; pero, como un hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto ó sin saber mas que lo que sabe el vulgo á quien se propone adoctrinar, acontece á menudo que personas con bellísimas disposiciones para la poesía, lastimosamente se pierden, viniendo á ser perversos autores de triviales y desmayadas homilías ó á caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarian tal vez, y al llegar á realizarla, se encontrarian con la bondad y con la verdad, que en ella hay, y se acercarian al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serian, á par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo sábios.

El último error de que voy á hablar, por ser el que los corona todos, y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosáico, y buscan la poesía en los mal entendidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aun como en el siglo XII ó como en el siglo XVI. y para entenderse con él, tratan de sentir y de pensar segun imaginan que entonces se sentia y se pensaba. Nada mas falso que este género, nada mas lleno de artificio, de afectacion y de mentira; y sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa; mas allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, halla la imaginacion una inmensidad desconocida por

donde explayarse y volar; y sobre los intereses mundanos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, mas altos y mas acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razon para suponer que terminó la época de la poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros, y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazon de los hombres, y los adelantos de la civilizacion y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán á destruirle.

Si por desgracia, predominase el excepticismo entre los hombres, si acabase toda fé, y si por medio de la ciencia llegasen á ser clasificadas prosáicamente las cosas todas y á perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaria dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que solo percibiriamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo ser sabriamos solo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir é idear el entendimiento, con arreglo á sus leyes: siempre quedaria, detras de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderiamos, una esencia oculta, que habria de ser como el encubierto significado de un incomunicable hieroglífico; y siempre quedaria alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serian limitadas y finitas por mucho que se sumasen ó se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habria de compenetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imaginacion tenderia su vuelo, poblándole de hermosos fantasmas. En cuanto á los sentimientos, aun despues de muertos todos los dioses, guardaria el alma humana dos que no pueden pe-

recer en ella, *el de la libertad y el del amor* (1). Por fortuna, no solo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino tambien pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreida; porque la religion es esencial á la naturaleza humana y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente á la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase á su fin. ¿A qué manos podria morir mejor que á las del legítimo misticismo, que traeria á la tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste, y haria de cada ser humano un verdadero *gnóstico*, segun los Padres griegos le han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue nunca hasta la consumacion de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse á lo eterno y á lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores, la hermosura: y el pueblo amará siempre la poesía, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de rebajarse ni de retroceder á los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose á lo por venir, con fatidica inspiracion y no desmentido vaticinio.

Y resumiendo ahora, diré que el poeta, y en general todo escritor, ha de ser castizo en la forma y ha de tener en sus sentimientos y en el modo de expresarlos cierto sello nacional y hasta individual que le distinga,

---

(1) Este pensamiento es de Lamartine, que, suponiendo que los dioses pasaron ya, añade,

. . . . cherchez les dans la cendre de Rome!...
Mais il reste á jamais au fond du coeur de l'homme
Deux sentimens divins, plus forts que le trépas:
L'Amour, la Liberté, dieux qui ne mourront pas!

pero ha de elevarse cuanto pueda, sin temor de dejar de ser popular por no ser comprendido, y no ha de aislarse por ser solo de su nacion y de su raza y por representar solo su espíritu, sino que ha de comunicar con el espíritu de la humanidad toda, y no ha de quedarse atrás, embelesado y enamorado de las cosas que fueron, sino que ha de seguir, con rapto impetuoso, al espíritu, en busca de un futuro ignorado, no echando de menos lo que ya pasó, ni creyéndolo superior á lo presente; porque el sol nos alumbra hoy con luz tan brillante, y porque *todas las obras incomprensibles y sublimes del Hacedor Supremo, están hoy tan perfectas y tan hermosas, como en el primer dia* (1).

Así pues, conviene, como he dicho al empezar este discurso, contra los importadores de nuevas filosofías, guardar el carácter, el sentimiento y el lenguaje de la nacion; pero el espíritu no debe aislarse, sino entrar en comunion con los demas espíritus y ser uno solo con ellos. «Porque, como dice el ya citado Fray Luis de Leon, se ha de entender que la perfeccion de todas las cosas, y señalamente de aquellas que son capaces de entendimiento, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina á Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto mas en esto creciere, tanto se allegará mas á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde envian sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos

(1) Ya se entiende que al decir estas palabras, que no son sino las que dicen en coro los tres arcángeles, delante del trono del Señor, en el *Prólogo en el cielo*, del *Fausto*,

Die unbegreiflich hohen Werke
Sin herrlich wie am ersten Tag.

no nos hacemos cargo de la perturbacion que hubo en el universo con motivo de la primera culpa del hombre. Haciéndonos cargo de ella, podemos decir que el mundo ha ganado desde entonces, y que el hombre, condenado al trabajo, mejora y hermosea al mundo, como si aun durase el séptimo dia de la creacion.

teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose, y desplegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo »

He combatido en este discurso los dos errores mas contrarios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta, cuyas bellísimas palabras acabo de citar ahora: errores que se oponen ambos á que haya unidad y variedad á la vez; porque la variedad está en la forma ó en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaria si modificásemos el lenguaje, segun pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desapareceria tambien, si nos aislásemos y apartásemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada, es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores: pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo El licor contenido en ella, no seria entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más rancio, sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

He dicho, señores, lo que pienso y siento sobre uno de los asuntos de mayor importancia para esta Real Academia, y os doy las gracias por la atencion indulgente con que me habeis oido. Sin lisonjearme de haber dicho nada nuevo, me lisonjeo de estar de acuerdo con vosotros en lo esencial de cuanto he dicho; por donde presumo que aprobareis mi sentir, aunque echeis de menos la claridad, el órden y la elegancia que al expresarle me han faltado.

JUSTICIA A LOS LUSITANOS.

Nueva restitucion del Palmerin de Inglaterra á Portugal, su verdadera patria.

(Continuacion).

Para recusar, pues, un testimonio tan fidedigno como el de Cervantes, respecto al orígen del Palmerin, habría que patentizar que no existió tal creencia pública y famosa ó afamada; y como de no existir esta, solo podia ocupar su lugar una favorable á su naturaleza española, habria que patentizar despues que nadie leyó el prólogo de Ferrer. Ambas demostraciones son imposibles. Desde 1547 en que sale el Palmerin impreso de Toledo hasta 1605 en que Cervantes consigna su procedencia, no conozco libro ni documento alguno que contradiga la asercion de Cervantes. Desde 1605 en que el Quijote con su inmensa circulacion dá á conocer á Europa el Palmerin como portugués, hasta 1826, tampoco hay es-

critor en nuestra Península que reclame esta propiedad, y cuando esto acontece se funda en la declaracion de Ferrer como lo hizo Salvá: esto es, en un documento que circuló en el siglo XVI profusamente, y que nos ofrece el dilema de haber sido *ignoto para todos,* cosa imposible; ó *deshechado por todos,* cosa verosímil. Solo hay tres documentos extrangeros, que en defensa de tan mala causa como lo es la de Hurtado, pudieran citarse. El primero es la edicion francesa del Palmerin, de 1553, donde Jacques Vincent dice que fué vertido del castellano al francés *(traduit, du castillan en françois).* Por si quedase duda, en su dedicatoria á la *muy noble y virtuosa princesa Diana de Poitiers,* lo repite diciendo: «os presento al valiente y famoso caballero Palmerin de Inglaterra, que, *de español, es por mí hecho y convertido en francés.*» El segundo es la edicion italiana de 1552; la misma fecha. donde Mambrino Roseo ó quien quiera que el traductor fuese, le tradujo del español y así se declaró en la portada *(tradotto di spagnolo in italiano)* Tambien, por si quedase duda, el impresor Portonariis, en su dedicatoria al conde Vinciguerra dice: «habría hecho grande agravio á la virtud si no os hiciese homenage con este libro *traducido de español en italiano.*» Finalmente, el tercero se encuentra en la edicion portuguesa de Alonso Fernandez, de 1592, donde aparece un prólogo de Francisco de Moraes, en que se dá por autor del Palmerin, como refundidor de antigua crónica, segun la usanza de los demas autores de libros de caballerías.

Los tres testimonios son extrangeros, de editores ó traductores, y descartando el último que no se opone á la asercion de Cervantes respecto á la patria del autor, porque Moraes es portugués: lo que se deduce no es que el Palmerin sea español, sino que el ejemplar que tuvie-

ron á la vista Vincent y Roseo estaba escrito en español, que es cosa muy distinta. No sé por qué el señor Gayangos, respondiendo al señor Odorico Mendez, supone la necesidad de probar que estos dos traductores no supieron distinguir entre castellano y portugués, como si en rigor fuese preciso que un libro se haya de traducir en todas las naciones directamente del original. Que la edicion española hoy existente sea la mas antigua, nadie lo confesará con mas gusto que yo, puesto que en ella me fundo para sostener que es *el revés de un tapiz*, mas en buena crítica vale poco ó nada esta antigüedad tipográfica. Millares de libros han sido impresos en traducciones antes que en el idioma en que fueron compuestos. La impresion toledana conclusa en 1548, dió bastante espacio para que Francia é Italia la conociesen, y Vincent y Roseo la transplantasen sin sospechar que era ya de segunda mano aquella tela. En aquel tiempo nuestra grandeza, las comunicaciones que habia llegado España á establecer con los demas paises, la propagacion del habla castellana, cuyo conocimiento era considerado de *buen tono* y adorno indispensable de la educacion, hicieron que el Palmerin peregrinase, mas reputado y conocido bajo el trage español por toda Europa, pero fuera de esto, la edicion de Toledo no tiene mas virtud ni importancia en la cuestion crítico-literaria que vamos debatiendo. Lo que en el siglo XVI con nuestro lenguage ¿no está sucediendo hoy con el francés? Casi todos los libros alemanes, ingleses, italianos, rusos y de cualquiera otro pais se dan á conocer en España por traducciones del francés, lenguage que nos es mas familiar, aunque quizás no ha llegado al predicamento que el nuestro llegó á tener en otros tiempos; y porque nuestra biblioteca contemporánea de ciencias, literatura y artes sea version

de modelos franceses, no hemos de suponer que estos sean autores de cuanto se lée en nuestra península. En cuanto al último testimonio, ó sea la edicion de Fernandez de 1592, en Lisboa, si bien no atribuye el Palmerin á un Rey de Portugal, tampoco contradice que sea de orígen lusitano, que es lo que principalmente intento sostener y demostrar.

Las observaciones que anteceden, repito que pudieran haberse hecho sin tener á la vista el documento existente en el Museo Británico. Natural es que los lectores supongan en los que han tratado esta cuestion en España alguna razon que las desvirtue, y alguna manera de explicar cómo llegó á ser fama la opinion consignada por Cervantes siendo errónea; cómo se anuló y deshizo el testimonio de Ferrer, y cómo pasó por desapercibido en tantos años el derecho de Luis Hurtado al Palmerin. Respecto á lo primero nada se ha dicho, sin embargo de ser tan atendible. En cuanto á Luis Hurtado se consideró el hallazgo de su acróstico como prueba tan concluyente, que ni se pensó en averiguar qué grado de valor podria tener en cotejo con otras declaraciones suyas y circunstancias de su vida y sus calidades de escritor. Solo en lo tocante á Ferrer se puso la atencion, porque era preciso que entre este y Hurtado uno de los dos venciese, y resuelta la victoria en favor del último, habia que buscar una salida para desembarazarse del primero. Y ¿cuál fué esta salida? la de que Ferrer era editor, ó mas bien como dice el señor Gayangos, mercader de libros, segun la nomenclatura de aquel tiempo. Así, pues, cuando se dirige á sus Mecenas Carrillo y Rótulo (no *á los lectores*, como equivocadamente se dice en La Revista Española), y habla de su *pequeño fruto* y su *trabajo*, ha de entenderse que estas expresiones, «que alguno tomó

ya como indicio de ser suya la obra.... se refieren tan solo á la parte editorial ó tipográfica que en ella tuvo.» (1)

Si la cita fuese exacta, si Miguel Ferrer no hubiese dicho mas que lo que transcribe el señor Gayangos, la cuestion quedaría resuelta por lo que hace á este reclamante; porque nadie mejor que el público de aquel tiempo podia saber que Ferrer compraba, costeaba ó imprimia libros en Toledo. Por lo mismo yo no extrañaria que hubiese entendido por *trabajo* y *fruto* su mera participacion en el estampado del Palmerin, siendo estas dos voces de empleo tan comun entre los impresores ó editotores. Y, cosa notable, la inexactitud ó arbitrariedad que advierto en la cita del señor Gayangos, y la falta de inspeccion ó de noticia que en este punto tuvo el señor Mendez, hace que conviniendo á ambos anular el derecho de Ferrer para que triunfe Hurtado por España y Moraes por Portugal, ninguno de los dos haya logrado destruirlo. El defensor de Moraes está justificado desde el momento en que declara no haber hecho inspeccion ocular del libro del Palmerin; pero el señor Gayangos, que por segunda vez se presenta en el palenque literario, no sé como pasó por alto una cláusula tan significativa como la que existe en las dedicatorias de Ferrer, y que debiera haber conocido por dos conductos, á saber: por el original de la Biblioteca Grenvillana y por el extracto inserto en el cuarto tomo del Repertorio Americano. Si doy por supuesto que no alcanzó á ver el primero, es evidente que conoció el segundo; porque de otra manera, ¿cómo pudo trasladar y reimprimir las octavas acrósticas de Hurtado que ya conoce el público en España?

(1) Núm. 2.º de La Revista Española. Los aludidos son D. Vicente Salvá y D. Adolfo de Castro.

No hay, pues, medio de alegar ignorancia de la cláusula que voy á citar á continuacion, y que disipa toda duda acerca de la parte que tuvo Ferrer en el Palmerin.

Es de saber que este editor, impresor ó mercader de libros llamado Miguel Ferrer, tenia dos hermanos: el uno por nombre Juan y el otro Diego, y ambos á lo que parece, juntamente con Miguel Ferrer, que es el que aparece en el Palmerin, despues de repetir *nueve veces* (insistencia que pone en sospecha) que el poema impreso en Toledo es obra suya, fruto, trabajo y atrevimiento suyo, escribe lo siguiente á Galasso Rótulo: «Todo esto he dicho á vuestra merced (ó magnificencia) para excusarme, que siendo hombre que *deprendí arte* para sustentar la vida, ocupé mi tiempo en *escrebir hystorias.*»

La declaracion no puede ser mas clara ni mas terminante. No hay aquí lugar á dudas sobre si el *trabajo* ó *fruto* que dedica es la *impresion* ó la *creacion*. Las dos personalidades se ven distintas: el impresor y el escritor se juntan en uno. Las dos profesiones están por él deslindadas. Declara que es impresor y que con el arte que *deprendió* de la imprenta, sustentaba su vida; y declara tambien que en los ratos ociosos se ocupaba en escribir historias, ocupacion verosímil si consideramos que los tres hermanos entendian en el mismo negocio, y por consiguiente, que distribuido el trabajo, vacaban respectivamente. Para que se comprenda mejor, el mismo Ferrer vá á explicarnos como podia ser al propio tiempo impresor y literato, pues empieza su dedicatoria en esta forma: «El filósofo (M. S.) dice no impedir el escrebir para ser uno buen guerrero ni exercitar otro cualquier acto ó cualquiera cosa; y para esto mírense las pasadas hystorias adonde claramente se vé, que Plinio con cuanto escribió no dejó de ser famoso capitan. Julio Ce-

sar fué muy leido, compuso libros famosísimos y por esto no le quitaron el nombre de gran capitan y de valeroso ánimo; eso mismo los Gracos en Roma y los Scipiones y otros muchos, los cuales no menos resplandecieron en las armas que en el estudio. Pues si V. M., como estudioso se dá á leer las escripturas, llenas están de excelentes artifices, ser aficionados á escrebir y en tiempos hurtados de sus trabajos aver sacado maravillosas hystorias, recreando sus ánimos en cosas delicadas, dando á los que despues dellos venimos doctrina y dechado, avisandonos que ningun tiempo perdamos de aquel que naturaleza nos concede, empleándole cada uno en aquello que fuere inclinado y mas si la inclinacion es virtuosa. Todo esto he dicho á V. M. para excusarme &c.»

Conocido ya este testimonio no puede sostenerse como sostiene el señor Gayangos en La Revista Española que las expresiones *fruto* y *trabajo* se refieren tan solo á la parte editorial y tipográfica que Ferrer tuvo en el Palmerin. Por lo pronto hay que convenir en que otras razones tendria el público en el siglo XVI para deshechar tamaño testimonio apoyado en Plinios Scipiones y Césares, y dar curso á la opinion de que fué obra de un discreto Rey de Portugal. En efecto, razones hay, como mostraré luego para invalidar las confesiones de este prólogo; pero la verdad ante todo, y mientras esas razones no se aleguen, es sin razon considerar á Ferrer como simple editor, cuando terminantemente declara ser autor.

Y, nótese que yo, que voy á sostener el derecho de los portugueses al Palmerin, soy el que presento un testimonio no despreciable en favor de su orígen hispano. El señor Gayangos ó cualquiera que le vea *nacido en el Zocodover*, debian presentarle con preferencia, porque al

cabo sea Miguel Ferrer, sea Luis Hurtado el verdadero autor, no dejaba por eso de ser obra española. Esta omision es incomprensible en los defensores de su prosapia castellana, á no considerar que la abundancia dañaba y que por lo mismo que habia dos declaraciones de dos toledanos se destruian mútuamente; mas si esto influyó en la cortedad de la cita y en el poco uso que se hizo de los pasages de Ferrer, fué error de cálculo, porque hay otros fundamentos para anular los aparentes derechos de este impresor en cuanto á originalidad.

Con la nueva faz que la cuestion presenta hallará el lector en su punto las siguientes observaciones:

1.ª Puesto que Ferrer confiesa que escribió el Palmerin, es evidente que en España no se conocia la crónica de este andante inglés en ningun idioma de los conocidos en Europa, y mucho menos en portugués. Aunque no faltaba descaro en todo lo tocante á estos negocios de libros y especialmente de caballerías, no puedo convencerme que Ferrer se atreviese á darse por autor, si corriesen por España ejemplares anteriormente. Pero si no se conocia en España pudo conocerse en Portugal ó fuera de él, y si á dicha, como se verá, el ejemplar portugués que cayó en sus manos (impreso ó manuscrito) carecia del nombre del autor, es tolerable la libertad que se tomara en público Ferrer, como la que se tomó en secreto Hurtado.

2.ª Confesandose Ferrer *autor-escritor* del Palmerin de Inglaterra, la causa que invalidó su confesion, haciendo prevalecer la fama á que alude Cervantes, debió ser eficaz y poderosisima. Yo la dejo en misterio hasta su tiempo oportuno.

3.ª Puesto que Ferrer establece su partenidad sobre el Palmerin, es preciso darnos cuenta de como Luis Hur-

tado, su paisano y amigo, declara tambien en el mismo libro y en la misma página haber sido tambien actor. Es decir, que la existencia simultánea de dos confesiones que se destruyen, una descubierta y otra solapada, es materia tan extraordinaria, que pica la curiosidad y merece que se trate con detenimiento.

El señor Gayangos (que ignoraba lo escrito por Ferrer) dió la preferencia á Luis Hurtado, y sostiene esta candidatura de nuevo en La Revista Española. Hace muy bien; pues por mas que Ferrer asegure que el Palmerin es fruto y trabajo suyo, no hay noticia de que escribiese ni conocemos otras producciones suyas, al paso que de Hurtado sabemos que escribió varias y que, dedicado á la cura de almas en la parroquia de San Vicente de Toledo, tenia mas elementos que su vecino el impresor para entretenerse en escribir libros Sobre esta preferencia nada tengo que decir, y si no hubiese que resolver sino cual de estos dos declarantes habia sido autor de un libro, ó cual pudo mejor escribir un poema, yo me resolveria en favor del ilustre párroco de Toledo.

Consideremos ahora qué motivos tuvo Hurtado para ocultarse en un acróstico, que en su época era velo harto sutil y como tela de cedazo, en razon á estar de moda el artificio. Y ya que se ocultó, cómo consintió que Ferrer, con quien diariamente debia comunicar viviendo en Toledo, se diese á las claras por autor del Palmerin, y si no lo consintió ni lo supo hasta despues de hecho, como no reclamó luego que leyó la dedicatoria, ó trató de rectificar el error en la impresion de la segunda parte. El señor Gayangos nos dice: que los autores de libros de caballerías, por hallarse este género en descrédito, acostumbraban á ocultar sus nombres, y que Hurtado se ocultó en otras obras que se conocen por su-

yas. Esta razon es buena; pero tambien es aplicable á Moraes, que no da su nombre en las primeras ediciones portuguesas, y que cuando aparece en ellas, es achacando el Palmerin á un hallazgo hecho en Francia en casa de un famoso cronista. De este modo venimos á facilitar la suposicion de que Ferrer pudo dar por fruto original suyo la traduccion de un poema portugués, que llegó anónimo á sus manos.

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

BREVES CONSIDERACIONES

sobre el tomo primero de la Historia Crítica de la Literatura Española, que ha dado á luz el señor D. José Amador de los Rios.

ARTICULO III.

Dejábamos hecho mérito en el artículo anterior, del impulso que habia recibido el arte latino, ya degenerado, con la nueva idea del cristianismo; y no abandonaremos á los primeros ingenios españoles, ya cristianos, sin juzgarles y parangonarles con los gentiles sus antecesores, para deducir la consecuencia exacta, que, del carácter genuino del arte ibero, produce el exámen y juicio comparativo de los autores.

Contrayéndonos, pues, á Prudencio y siguiendo al señor Rios hallaremos en las brillantes páginas de su obra, estas notabilísimas palabras: «Sidonio Apolinar, que alcanza los últimos dias de Prudencio, y que participa en consecuencia del entusiasmo producido por sus inspiradas poesías, no vacila en colocarle al lado de Horacio; mas

ni puede la crítica que busca la perfeccion exclusivamente en la forma, admitir ahora este juicio, ni es dado tampoco el seguirlo á la que, fundada en principios mas fecundos aspira á señalar el desarrollo de la civilizacion por medio de las manifestaciones de la inteligencia. No lo primero, porque sobre ser acusado Prudencio de duro é inarmónico, no habia podido aspirar siquiera, en sentido de los latinistas, á conservar la pureza del lenguage, siendo numerosos los giros y las voces tildados como de baja latinidad en todos sus poemas. No lo segundo, porque no existe semejanza alguna entre la situacion del preceptor de los Pisones y la del cantor de los mártires: ambos son poetas latinos; pero Horacio, vate cortesano, imitador feliz del grande arte homérico, cuyas bellezas logra trasladar á sus versos, fiado en su privilegiado ingenio, contempla la poesía, mas bien como un medio de propia utilidad, que como un instrumento capaz de contribuir á mejorar las costumbres públicas y con ellas el tenebroso porvenir de Roma. Sus sátiras tan urbanas, tan agudas y picantes, no tienen fuerza suficiente para atajar el cáncer que devoraba ya todas las clases de la sociedad, dominada de las mas vergonzosos vicios: sus odas tan elevadas, tan grandilocuentes y armoniosas, no son bastantes á escitar el apagado entusiasmo de aquel pueblo, que veia perdida la libertad de la República, debiendo mas bien ser considerada como una concesion hecha por Augusto y Mecenas al agonizante génio de la independencia romana. No así los himnos de Prudencio, cuyo fin principal dejamos ya reconocido: alejado de la Córte y de sus grandezas, considera á la poesía como el instrumento mas digno para consolidar la grande obra que se habia ya operado en el mundo; y cantando la ruina del gentilismo y el sublime triun-

fo de la religion cristiana, se abrazaba al sagrado madero del Gólgota, como á luminoso y seguro faro en medio de las tribulaciones de que la sociedad se veia amenazada:

95. Lignum est, quo sapiunt aspera dulcius:
Nam praefija cruci spes hominum viget,

ó ya volviendo sus anhelantes miradas al Salvador, cuyo nombre resonaba en todos los ángulos de la tierra, animando con nueva vida á la creacion exclamaba:

!Oh nomem praedulce mihi!.... lux et decus, et spes,
¡Praesidiumque meum!.... ¡Requies o certa laborum!...
Blandus in ore sapor, fragans olor, irriguus fons,
Castus amor, pulchra species, sincera voluntas!...

Exclamando de una y de otra manera, probaba Prudencio que no en la pulcritud de las formas poéticas, sino principalmente en la magestad y grandeza de las ideas y de los sentimientos tenia fija su vista; pareciendonos conveniente observar que si puede achacarse á reprensible temeridad el compararle, bajo aquel aspecto, con el rey de la poesía lírica latina, no debe olvidarse que es acaso el primero entre los poetas, de quienes decia el docto Luis Vives que *competian muchas veces con los antiguos venciéndolos no pocas* en elegancia y belleza. La comparacion de Sidonio Apolinar no puede en consecuencia adoptarse de lleno por la crítica, sin que por esto quede rebajado el gran mérito de Prudencio, quien sobre caminar á un fin santo y altamente meritorio, hacia en sus cantos cierto alarde de la independencia de su espíritu.»

«Tal era la condicion suprema del ingenio español: si en la Roma imperial y gentílica apareció desdeñando toda tradicion literaria, no le acusemos porque en medio del espantoso caos, en que se hundia el antiguo mundo,

ostentase aquella misma libertad, empapadas sus álas en las refrigerantes aguas del Jordan, é iluminado su vuelo por la sagrada luz del Evangelio.»

¿Qué podremos añadir á las elocuentes palabras del señor Rios, que no sea pálido en espresion y pobre en sentido? ¿Qué mas recto juicio de aquel vate esclarecido, y que mejor prueba de nuestra manera de ver en artes? Nosotros que, abrigamos en el alma un principio conciliador, base firmísima de la imparcialidad y justicia de la crítica moderna; que aspiramos (tal vez sea demasiado orgullo) á unificar los opuestos términos de irreconciliables escuelas; que creemos que la verdad se halla entre ellas repartida, y anatematizamos el esclusivismo, procurando hacer converger á un vertice comun las líneas todas en que dividen y subdividen lo que es ley única, igual, constante, si bien multiforme, variada, armoniosa, renunciamos á aumentar una sola frase á las ya estampadas por el ilustre historiador que interpretando fielmente las mas verdaderas ideas, los mas filosóficos pensamientos, emite su libre juicio, sin pasion que lo desvirtúe, atando al tronco primitivo las ramas que la ignorancia, el error, ó el espíritu intolerante de las escuelas habian roto y separado.

El arte es una manifestacion de la humanidad; como esta, tiene su pasado, su presente, su porvenir; y como ella sigue invariablemente su camino. Nosotros lo estamos recorriendo; avancemos algunos pasos; dejemos frescos lauros sobre las figuras de los Yuvencos y Prudencios, y marchemos en busca de otros ingenios, para rendirles el tributo de nuestra humilde admiracion.

No bien la iglesia cristiana triunfaba moralmente del politeismo, y el Pontífice Dámaso celebraba en peregrinos cantares esta gran victoria, y traslaba á la lengua latina

los tesoros de poesía que encerraban los salmos de los profetas hebreos, trayendo al arte esa riquísima vena de la vida oriental, que mas tarde debia patentizarse en la literatura española, cuando el Oriente dividido por los agitadores heresiarcas, mandaba la peste de sus innovadores que pretendian romper la unidad católica, á combatir contra la iglesia, apoyados, por el apóstata Juliano y el impío Valente, enemigos del símbolo de Nicea, y renovadores de los funestos dias y horrendas persecuciones de Diocleciano. No por esto los católicos dejaban de acrisolar su viva fé, solo así contrastando el poder de los Emperadores, y la ponzoña de la heregía: la iglesia se levantaba sábia y poderosa. como inviolable arca, guardando la doctrina del Crucificado, del huracan de los vicios y de la desencadenada furia de sus enemigos: su sola divina palabra hubiese bastado á conseguir la rehabilitacion del hombre, y á destruir cuantas instituciones y costumbres retardasen su triunfo definitivo en la tierra, mas al subir al trono el gran Teodosio, acosado por el vivísimo deseo de ver realizado un hecho lejano tódavía, abrigando vengadora saña contra sus antiguos perseguidores, y animado por el exesivo celo de algunos prelados, determinó con bien poco evangélico proceder, decretar el esterminio del culto pagano, mandando arrasar sus templos todos, y persiguiendo á los gentiles con el corage y casi la crueldad con que en anteriores épocas lo habian ellos efectuado con los cristianos.

Al contemplar el tumultuario placer de los católicos cuando entregaban á las llamas las grandiosas basílicas, el fanático entusiasmo con que echaban por tierra los acabados ídolos, y el furor inusitado con que atacaban y perseguian aun en las pequeñas aldeas y en los campos á los defensores del antiguo culto, y á los estravia-

dos propagadores de la doctrina del sagaz presbítero de Alejandría, los primeros como los segundos, se reunian y aprestaban á tomar la defensiva con las armas en la mano, de los insoportables vejámenes, y hallaban eco sus lamentos y dolores, y hacian nuevos prosélitos que llenos de enojo y enconados contra el catolicismo, favorecian la reaccion acrecentada y robustecida por la lástima que sus desgracias inspiraban, hasta el punto de oscurecer un tanto el reciente esplendor adquirido por la iglesia.

¡Gravísimo error el de Teodosio! Sin quererlo desnaturalizaba la obra magna del cristianismo. Oigamos sobre este punto el parecer del señor Rios: «la transformacion moral y religiosa del mundo se habia verificado por medio de la palabra, á cuyo mágico influjo se vió derrocado el Olímpo, cayendo por tierra sus mentidas deidades: tan sencilla y maravillosa victoria era el mas alto, el mas puro y sublime galardon de la doctrina evangélica. Su prodigiosa conquista llevada á cabo en nombre de la paz y de la fraternidad, no podia por tanto ser sostenida por el hierro; y así como los Césares paganos habian exaltado el entusiasmo de los primeros fieles, ensangrentando su diestra en los mártires de Cristo, así tambien los Emperadores católicos exasperaban la tenacidad de los heresiarcas con el rigor de las leyes que los condenadan y perseguian.»

¡Triste herencia dejaba Teodosio por esta parte á sus descendientes! Los Honorios y Arcadios, impotentes para resistir, veíanse precisados no ya á transigir con los paganos mitigando el rigor de las leyes, sino que llegaron á permitír abriesen sus templos y circos, y volviesen á establecer toda clase de espectáculos. Con su desgraciada obra prolongó Teodosio por espacio de tres siglos mas.

la vida del poleteismo y la heregía.

Mas, como la Providencia tenia decretado el ensalzamiento del Catolicismo, y cual si pretendiera en sus eternos designios solemnizarlo con grandes acontecimientos, permitió que del fondo del oscuro y desconocido Septentrion, de las heladas cumbres del Polo, de las canas llanuras del Norte, razas indomables de feroces instintos, pueblos libres á quienes no habia alcanzado el brazo de hierro de Roma, hombres agrestes y bárbaros, de costumbres salvages y belicosos hábitos, se aprestasen animados de un ódio destructor, á inundar el afeminado Imperio, para apoderarse de los bienes codiciados de que carecian en sus frios bosques, llevando por enseña á la conquista la Cruz de los cristianos.

Entre tanto que la lucha de católicos, herejes y paganos tenazmente se prolongaba, y á las preces de los templos cristianos se unian los alaridos del circo, y á las leyes contra los heresiarcas contestaban estos con las calumnias del catolicismo, las temiles frámeas de los bárbaros se aguzaban para tentar el temple de las lanzas imperiales y la resistencia de aquel Estado desgarrado, carcomido, anárquico, que descendia ya el último escalon de su existencia. Debilitado por el acuerdo de Teodosio al dividirlo entre sus hijos, confuso y sin unidad política ni religiosa por las diversas sectas que se disputaban la victoria, desordenado por un gobierno impotente y una soldadesca veleidosa que á cada instante ensangrentaba las gradas del trono, cansados los pueblos de guerras, y aun adormidos en la antigua esclavitud y la mas crasa ignorancia, cuando no sumidos en los vergonzosos vicios, contraidos los hábitos de la molicie y liviandad, faltos de espíritu patriótico, suspirando entre cadenas por una libertad de la cual solo el nombre co-

nocian, aterrados por los males sin cuento que sobre ellos pesaban, fueron sorprendidos en el pánico en que vivian en el siglo V, por aquellas hordas que en nombre de Dios venian á concluir con el Imperio canceroso, devorado, y que se encontraba en el estertor de la agonía.

Cruzaron innumerables tribus de vándalos, suevos, alanos, silingos, francos, gépidos, hérulos, visigodos &c..., del uno al otro confin del Imperio, como los huracanes del invierno pasan y asuelan los campos. El impotente Honorio veia saquear la Ciudad Eterna al terrible Alarico, y entregaba su diadema al desconocido Alalo. Mas tarde Genserico volvia de Africa y arrebataba la juventud romana llevandola esclavizada á Cartago. El feroz caudillo del Teis á la cabeza de los Hunos, despues de la famosísima derrota sufrida en los campos cataláunicos, entregaba al incendio mil ciudades, y como en represalia corria á Roma deseoso de destruirla, lo cual hubiera consumado si la voz elocuente de Leon Magno no le hubiera detenido á sus puertas. Por último, empuñando el estandarte de los hérulos, penetraba en la metrópoli romana Odoacro, ante el cual rendíanse las águilas imperiales y el risible Augústulo, mofa de la régia magestad, doblaba la rodilla vil, y deponia la pesada púrpura, cesando, en aquel infausto dia, la señora del mundo, de imponer sus leyes á la Península ibérica, sobre la que asentaban las huestes visigodas, despues de haber acabado el Imperio de Occidente.

¿Y mientras el período de dos largos siglos que duraron aquellas terribles conmociones, aquellos horrorosos atentados, que concluyeron con el poder romano, qué fué de los ingenios españoles?

Algunos muy notables aparecieron, como ya hemos visto y tendremos ocasion de ver: mas no puede asegu-

JUSTICIA A LOS LUSITANOS.

Nueva restitucion del Palmerin de Inglaterra á Portugal, su verdadera patria.

(Continuacion).

Es evidente que alguna causa poderosa obligaba á los autores de libros caballerescos á ocultar sus nombres, causa que no atribuyo solamente á la censura de los doctos, sino á que la mayor parte de estas historias eran recomposicion de crónicas y documentos poéticos antiguos. Digo mas: cualquiera que sea la parte que demos á Hurtado en el Palmerin, ya de autor, ya de traductor, todavía encuentro dos motivos especiales que podrian impulsarle á ocultar su nombre. Uno de ellos fué expuesto por el señor Nunes Carvalho, quien dice que dejó de nombrarse claramente por miedo á la inquisicion. El otro le encuentro en los malos antecedentes de la familia de

los Palmerines, desacreditada y señalada con el dedo, pues grande deberia ser su descrédito cuando Cervantes dice del de Oliva que se haga rajas y se queme, *«que aun no queden della las cenizas,»* fallo terrible y riguroso, para mí de mas peso y significacion que todas las declamaciones de los Vives, Mexías, Venegas Montanos y otros eclesiásticos y moralistas que muchas veces censuraron libros que no habian leido, como sucedió al secretario de lenguas de Cárlos V, el ilustre Diego Gracian de Aldrete, con el Palmerin de Inglaterra; del cual habló por la mala fama de su antecesor el de Oliva sin conocerle, pues cierto que si le leyera, que muy diversa opinion formara. Si tal era el estado de la opinion pública respecto al linage de estos héroes, no estraño que un sacerdote ó destinado á serlo pretendiese huir el cuerpo, aunque fuese mero traductor, pero entonces no se comprende que usase de un velo tan claro como el acróstico, y menos se comprende que Miguel Ferrer haga la declaracion terminante que he transcrito. No era este un sugeto fabuloso, un personage fantástico como los Esquifes, Artemidoros y Daliartes, cuyas confesiones no pudiesen neutralizar el valor del acróstico. Ferrer existia en Toledo y hay pruebas ciertas de que los prólogos (por lo mal escritos) salieron de sus manos. ¿Qué objeto tenian, pues, sus declaraciones? ¿Necesitaba Hurtado de editor responsable? ¿Dónde se ha visto y cómo se concilia que cuando los autores evitaban la inscripcion de sus nombres, salgan nada menos que dos disputándose la originalidad de un poema? No era un fuerte muro el que escogia Hurtado para escudarse; no era escudo impenetrable el que resguardaba su persona. Si temia darse á conocer debia saber que lo mejor de los dados, como dice el vulgo, es no jugarlos. El acróstico pudo des-

cubrirse al dia siguiente en que apareció al público, y puede asegurarse que no fué D. Pedro Salvá en el siglo XIX el primero que leyó el nombre de Luis Hurtado. Este poeta ni tenia ni podia tener un resguardo y certidumbre de que todos habian de ser en su época ciegos ó indiferentes y que solo andando el tiempo, pasado el temor, habia de topar con él, en su escondite, un bibliófilo para honra y gloria suya y para ser puesto en posesion de la hermosa palma literaria. Y ¿qué sucedería en el caso de que se descubriese? Que habria dos declaraciones opuestas, que Hurtado seria la negacion de Ferrer como Ferrer era la negacion de Hurtado, y el crédito del uno el descrédito del otro. La razon, pues, de la reserva y la discrecion, si para alguno es aplicable, es para Francisco Moraes, cuyo nombre aparece en las ediciones del Palmerin no en vida, sino despues de su muerte. Todo el razonamiento del señor Gayangos cae por tierra desde el momento en que se sepa en España que Ferrer no habló como *impresor* sino como *autor;* que no dijo solo *«este mi pequeño fruto, este mi trabajo,»* espresiones susceptibles de ser interpretadas por la parte tipográfica que tuviera, sino que rotundamente afirmó que habia escrito el Palmerin en sus ratos ociosos; y francamente, á cualquiera de las dos declaraciones que nos atengamos como verdaderas, toparemos con uno de los casos mas extraordinarios que se hayan visto, porque si Ferrer es el verídico, Hurtado le hizo una mala jugada, y si la verdad está de parte de este no se explica la existencia de los prólogos de Ferrer.

Dejaremos ahora por breves instantes en suspenso la cuestion por lo relativo á España para anudar el hilo en la sazon conveniente, y vamos á dar cuenta de los títulos del otro pretendiente Francisco de Moraes, único

modo de ir adelante en el tegido intrincado de esta célebre controversia.

En 1592 se imprimió en Lisboa el Palmerin de Inglaterra por el librero Alonso Fernandez, quien la dedicaba al Serenísimo Príncipe Alberto, Virey de Portugal. al cual siendo de edad de ocho años habia tambien dedicado el impresor de Evora, Andrés de Búrgos, la edicion generalmente considerada primitiva del Palmerin, de 1567. Al frente de ella puso Fernandez un prólogo de Francisco de Moraes, á quien llama *autor do livro,* dedicado á la Princesa Doña María, Infanta de Portugal, hija del Rey D. Manuel. En este prólogo se lée: «Yo me hallé en Francia *estos dias pasados,* en servicio de D. Francisco de Noronha, embajador del Rey nuestro Señor y vuestro hermano, donde ví algunas crónicas francesas é inglesas. Noté que las princesas y damas elogiaban por extremo, entre ellas la de Don Duardos, que en esas partes anda traducida en castellano y estimada de muchos. Esto me indujo á ver si hallaria *otra antigualla* que poder traducir, para lo cual conversé en París con Albert de Renes, famoso cronista de este tiempo, en cuyo poder hallé algunas memorias de naciones extrangeras, y entre ellas la crónica de *Palmerin de Inglaterra,* hijo de Don Duardos, tan gastada por la antigüedad de su orígen, que con harto trabajo pude leerla. Trasladéla por parecerme que la aficion de vuestro padre la haría ser estimada en todas partes, y tambien por el deseo de dedicarla á V. A., cosa que algunos tuvieron á yerro, afirmando que historias vanas y fabulosas no habian de tener tan alto asiento, haciendo de menor culpa mayor inconveniente, y sin mirar que á veces escrituras de liviano fundamento contienen palabras, costumbres y sucesos de que nace algun provecho.»

Tal es la declaracion hecha por Francisco de Moraes, con respecto al Palmerin. Pocos dejarán de observar que entre todas lás invenciones de prólogos que se ven en los libros de caballerias, ninguno es mas verosímil ni arreglado á la posibilidad que este de Moraes. En efecto, todo aquí es histórico con una sola exepcion, aunque tambien explicable. Hubo un Príncipe llamado Alberto, Cardenal Infante, que fué Virey de Portugal en la época en que Fernandez hace su edicion y dedicatoria. Hubo un Francisco de Moraes reputado autor del poema, nacido en Braganza en la provincia Trasmontana, tio del filósofo y cronista de la Compañía de Jesus, el Padre Balthasar Tellez. Hubo un Francisco de Noronha, segundo conde de Linares, embajador de Portugal en la córte de Francía reinando Francisco I. Consta que el elegante escritor y distinguido cortesano Francisco de Moraes acompañó á este embajador en su viage á Paris en las dos ocasiones en que allí representó al monarca portugués Don Juan III. Consta la aficion que tenia D. Manuel á estos libros, y la que mostraban princesas y demas por las historias de amores y combates así en España y Francia como en las demas córtes de Europa. Pudo existir esa crónica de Don Duardos, mencionada en el prólogo-Moraes, aunque ni el señor Gayangos ni otro alguno lo haya visto ni tenga noticia de ella, asi como existía un Palmerin impreso en Toledo é ignorado por espacio de mas de dos siglos á los mismos españoles; y pudo existir un Albert de Renes, cronista (ó mejor dicho aficionado á crónicas) que tuviese en su poder algunas antiguallas; y como el orígen de las historias caballerescas se coloca en las naciones extrangeras, nada de extraño tiene que entre ellas encontrase la del Palmerin de Inglaterra. En mi concepto el prólogo ó la confesion he-

cha en el prólogo por Moraes tiene todas las señales, notas, indicios y apariencias de ser ingénua y verdadera, Nada hay en ella que dé márgen á sospechas fundadas, pues el epíteto de *famoso* que dá á Albert de Renes pudo ser aplicado con la mejor buena fé. Si Moraes era amigo de un Alberto, colector ó escritor de crónicas, y le juzgaba hombre de talento y capacidad, se comprende que al hablar de él emplease ese término lisongero. Demos de barato que se equivocó, ¿cuántas veces no se han equivocado los escritores al juzgar del mérito de otros? En los tiempos de que hablamos la lisonja y la cortesanía entre los autores estaba de moda. Infinitos son los libros y los prólogos en que se ponian por las nubes poetas, historiadores, gramáticos y humanistas de los cuales no se vé hoy mas rastro que la alabanza que le prestó un amigo ó deudo. Hoy mismo se prodigan los epítetos de ilustres, distinguidos, celebrados, elegantes y conocidos á escritores, de quienes tal vez no se acuerde la generacion venidera, y no por eso se dirá que no han existido. Tal pudo suceder con el *famoso* cronista Albert de Renes. Quítese el calificativo de *famoso* que no le ha adjudicado sala alguna de discordia, y es completamente admisible la existencia de un individuo de este nombre á quien conociera Moraes, y que por dedicarse á escribir memorias de sucesos ó por aficion á cosas antiguas podia tener en su casa algunas antiguallas.

En Moraes se reune ademas la circunstancia de que no tiene competidor en su pais, como Hurtado le tiene en el nuestro en Ferrer y Ferrer en Hurtado, pues la creencia de que el Palmerin fué escrito por un Rey de Portugal no nació *Tras-os-montes,* sino que es española de orígen al menos, consignada por Cervantes primero que por ningun otro. Faria y Sousa es posterior y la adop-

tó por su residencia en España, desechándola luego que tuvo noticia del prólogo de Moraes. El señor Odorico Mendez dice que esta opinion nunca tuvo prosélitos en Portugal, y en efecto, yo no he encontrado autores que la sostengan. Finalmente, á tal pnnto llegó la fé que se tenia en la veracidad de la confesion de Moraes, que Simon Taddeo Ferreira, editor del Palmerin en 1786, leyendo en la *Bibliografía instructiva* de De Bure, que el Palmerin fué traducido por Jacques Vincent en 1553 de un ejemplar español, dice: «Esta noticia nos inclina á creer que mucho antes que Moraes escribiese este libro, existía ya en francés como traduccion del español, *no siendo entera ficcion* lo que Moraes dice en la dedicatoria.» Curiosísima es esta observacion de Ferreira, porque ignorante de que hubiese esa edicion española de Toledo, recientemente hallada, supone que el original castellano era una crónica antiquísima en poder de Albert de Renes, y tan antigua, que ya le costaba *harto* trabajo leerla. De esta manera el prólogo de Moraes venia á ser una relacion por entero verídica y Moraes el refundidor de la crónica, segun lo asegura en su prólogo: todo á consecuencia de no haber conocido De Bure el ejemplar español ni podido citar la fecha de su impresion; que si esto hubiera sabido Ferreira, se habria expresado en otros términos.

Excusado es decir que apoyado el señor Gayangos en la prioridad de esta edicion española (que pronto veremos ser base endeble para afirmar el pie), su principal ataque se dirige contra el citado prólogo de Moraes. Veamos, pues, cómo puede ser puesto en duda y qué valor tienen las objeciqnes de este señor Académico.

Su punto de partida es el temor que tenian los autores de poemas caballerescos de presentarse desemboza-

damente al público, y que de aquí nació la especie de hipocresía con que en prólogos y dedicatorias procuraban áquellos escritores echar de sí la responsabilidad de sus fingidas crónicas, alegando eran traducciones del griego, arábigo ó siriaco y refiriendo peregrinas historias acerca del modo con que habian venido á sus manos.» El hecho es cierto, pero la causa principal no fué la que indica el señor Gayangos, de que *sintiesen cierto rubor* al anunciarse como autores de libros conocidamente fabulosos, ó que *temiesen ser blanco* de la crítica y censura de sus contemporáneos. En primer lugar, las bases de los libros de este género, que conocemos, fueron poemas escritos en verso antes del siglo XIV, y estos á su vez se formaron con las poesías populares cantadas por los bardos, en las cuales siempre habia un fondo histórico, aunque su fantasía poética y la lisonja hácia los señores feudales introdugesen brillantes colores y exagerasen un tanto los hechos. Esta filiacion de los libros de *ergas* (1) dá á conocer, en parte, la razon de haber por lo general ocultado los nombres sus autores, porque real y verdaderamente en pocos de ellos habia originalidad, y unos tomaban del fondo popular anónimo y otros no hacian mas que recomponer y ajustar en prosa los poemas en verso. No obstante, grande es el número de escritores de quienes se sabe que compusieron libros de caballerías por declaracion propia. Poco fundamento hay por lo demas para suponer rubor en los escritores

(1) Por no repetir libros de *caballerías*, libros de *gesta*, expresiones tan usadas, me ha parecido conveniente introducir esta nomenclatura que autorizó Garci-Ordoñez de Montalvo en su Esplandian, llamando á sus hechos *ergas*, voz griega, que tanto derecho tiene á ser usada como la latina *gesta*. Ademas reune la ventaja de poder aplicarse al género con la declinacion de *ergástico*, lo que no sucede con el vocablo *gesta*.

de este género, porque la idea del caballero andante y la mitología romántica autorizaba toda clase de fixion hasta la mas disparatada, y si la conciencia general admitia un carácter independiente y aventurero y una agencia sobrenatural de magas y encantadores, cualquier imposible y desatino era razonable en esta esfera. El autor de libros de caballerías no hacia mas ni menos con sus agentes invisibles, que el escritor religioso con la intervencion de los ángeles y diablos, y si se comparan los documentos de ambas literaturas, se verá que corren parejas en el uso de sus respectivas demonologias. En cuanto al temor de la crítica y censura de los contemporáneos, baste decir que esto es de reciente fecha, mientras que la costumbre de guardar el anónimo se pierde en el periodo de la edad media. Y ¿qué temor podia producir esta censura? Grande error subsiste todavia acerca del juicio del siglo XVI sobre estos libros. Si es cierto que fueron censurados por algunos, la mayoria estaba en su favor. Si doctos tuvo que á carga cerrada los condenaron, doctos hubo que los leian, alababan y componian. Ningun poeta que mereciese el nombre de tal pudo censurar materia tan excelente para el arte como el amor y la guerra, materia que habia inmortalizado á un Bóyardo y un Ariosto, y que podia inmortalizar á quien quiera que tratase bien el asunto. De esta opinion era Cervantes amantísimo como buen poeta de este interesante sugeto, y si condena libros de caballerías en el aposento de Don Quijote, no es porque cuenten ficciones sino porque están mal escritos, porque no hay libro de mas ficciones que el Amadis, ni libro en su género mas católico que el Esplandian, y el padre fué absuelto y el hijo condenado. Pero no es del momento contender sobre la causa, estando de acuerdo sobre el

efecto. Los autores de *ergas*, por lo mismo que empleaban antiguos y gastados elementos necesitaban ficciones novísimas y extraordinarias. Estas ficciones requerian cierto sello de autoridad y lo buscaban en remotos y misteriosos orígenes. Autor hubo que declara haber recibido del cielo la crónica que ofrece al público, y no influyó poco en esto el antecedente de un Turpin entrometido á historiador de *gesta*, que empieza relatando diálogos con Santiago el Apóstol y prodigios de todas suertes, hasta pasar por el proto-tipo de los embusteros. Cita el señor Gayangos el griego Alquife, la Reina Zirfea y el coronista árabe Xarton, así como el Benengeli, com supuestos autores de libros; pero yo pregunto: ¿quién creyó en estas suposiciones? El vulgo que nunca fué censurador, sino que pedia Amadises y Belianises á voz en cuello. ¿Acaso fueron los doctos víctima de engaño tan grosero? ¿No sabían á qué atenerse en punto á este artificio? Luego esta costumbre no era otra cosa que el amoldamiento á una tradicion inmemorial, que exigia, siquiera fuese ridículamente, una autoridad cualquiera sobre que reposar los desatinos y prodigios, acaso en alusion satírica al desenfado con que los autoriza la crónica Turpin.

Ademas yo no vislumbro la oportunidad y pertinencia de estas citas del señor Gayangos en el asunto de Moraes, porque si no existia el gran sábio de que habla Garci-Ordoñez en su Esplandian; si no hubo griego Alquife que escribiese el Lisuarte de Grecia, ni Reina Zirfea de quien tradugese Feliciano de Silva, ni árabe Xarton que escribiese el Caballero de la Cruz, ni Benengelí que compusiese el Quijote, en el mismo caso se hallaria Moraes con su *famoso cronista* Albert de Renes. De este escritor, dice nuestro Académico, *no se halla rastro alguno*

en la biblioteca histórica de la Francia. Tanto mejor: por ventura, ¿se halla rastro de Benengeli y Xarton en la literatura arábiga? ¿Existe el reino de Argenes y en él historias del reinado de Zirfea? ¿Hay en Grecia apuntes históricos sobre el sábio Alquife? Pues entre Garci-Ordoñez que escribe las ergas de Esplandian y las achaca á un *gran sábio,* y Moraes que escribe el Palmerin y lo achaca á un *famoso cronista,* no media un negro de uña. El razonamiento del señor Gayangos en este punto viene á dar á Moraes mas participacion en el Palmerin que la que él mismo concede. Si Albert de Renes es una entidad real, un personage de carne y hueso, Moraes queda reducido á refundidor y restaurador del Palmerin. Si Albert de Renes es una entidad imaginaria, un personage fantástico como los Alquifes y Benengelis, por el razonamiento del señor Gayangos Moraes es tan autor del Palmerin como Cervantes del Quijote, apesar del hallazgo de los cartapacios.

He dicho que el prólogo de Moraes se ha tenido por relacion verosímil, y en efecto, á salvo la alusion á este cronista francés, no hay motivos de dudar. Veamos si es de todo punto imposible tomarle al pie de la letra. Convengo en que no hay noticia del personage nombrado. El único que ha llevado en Francia un nombre parecido y que pudiera haberse corrompido á semejanza de todos los que forman el índice anomástico caballeresco fué el Arzobispo de Bourges *Alberic de Reims,* nombre susceptible de haber degenerado en *Alber de Renes,* como *Gano* degeneró en Galalon, *Trentis* en Tristan, *Howell* en Ogier, *Mangis* en Malgesi, *Balduin* en Valdovinos y *equus* en la alfana de los gigantes, segun la laboriosa etimolología de Ménage. Admitiendo como admite el señor Gayango la posibilidad de alguna ficcion en el prólogo de

Moraes, ¿no puede ser esta la de haber conversado con Alberic que habia ya muerto á mediados del siglo XII? La interpretacion no es ni mas ni menos arbitraria que la del señor Gayangos; pero no la admito porque tanto una como otra suponen originalidad de invencion en Moraes; cosa que él mismo no se atribuye. No hay explicacion satisfactoria y convincente sino aceptando su relato como verdadero. Que no hallemos indicios de Albert de Renes, no es prueba de que dejase de existir en aquel tiempo una persona así llamada, con quien Moraes conversase en Paris. Ni Leloug ni todos los autores de bibliotecas han podido encerrar en sus índices los nombres de todos los que han escrito en Francia, y multitud de crónicas ya impresas, ya manuscritas corren todavía anónimas. Ya he apuntado algo sobre lo que puede entenderse por el dictado de *famoso cronista.* Quizás era simple escritor, quizás colector de antiguallas. Ejemplos no faltan de títulos semejantes dados por burla ó hiperbólicamente y ahí está Geoffroy de Tory, autor del *Champ fleuri,* que llama al bueno de Guillermo Cretin: «*Monseigneur Cretin, grand Chroniqueur du Roi.*»

Paso ahora á examinar á qué época se refiere la expresion de *dias pasados* que emplea Moraes en su dedicatoria, punto importantísimo en esta cuestion, porque apareciendo la personalidad de este escritor en 1592 y la de los españoles Ferrer y Hurtado en 1547, esto es con cuarenta y cinco años de prioridad, bien merece toda la atencion imaginable. Observo que el señor Gayangos pasa como por entre áscuas por estos *dias pasados,* cuando á mi ver, si consta que un autor compuso un libro en una fecha dada, poco importa que por primera vez se ofrezca al público traducido en otra nacion. El señor Mendez ha expuesto, que D Francisco de Noronha fué en dos

ocasiones embajador del Rey de Portugal D. Juan III en la córte de Francia. En la primera *hasta* el año 1543; en la segunda *desde* 1549, por estar fechada su credencial en diciembre de 1548. La expresion *dias pasados,* dice el defensor de Moraes, indica su reciente llegada á aquella capital, y unido á esto el dedicar su Palmerin á la Princesa Doña María, entre otros motivos por haber recibido en Francia mercedes de la Reina cristianísima viuda de Don Manuel y madre de la misma Doña María, se deduce que no pudo en su dedicatoria aludir á la segunba embajada, porque Noronha solo pudo hallarse la segunda vez en París, mucho despues del fallecimiento de Francisco I, ocurrido en Marzo de 1547.» Este es un argumento *principalísimo* por mas que el señor Gayangos diga que son *débiles razones.* La prueba de que lo és, se halla en la respuesta de nuestro Académico, reducida á pedir que se demuestre que Hurtado hubo á la mano el original no impreso de Moraes. Cabalmente lo que he de preguntar en esta polémica es una prueba incontestable (como auténtica) de que *Hurtado tuvo en las manos un original portugués del Palmerin,* y es la demostracion que pondrá término á un debate que tenia trazas de prolongarse *usque ad infinitum;* pero aun sin ella y ateniéndonos al estado de la cuestion en el opúsculo del señor Mendez, no son de modo alguno *débiles* sus razones. Si consta la verdad de los hechos de Moraes y este pudo escribir un libro de caballerías en la época de su primer viage con Noronha, la manera en que llegase un ejemplar á Toledo es de poca monta á los ojos de un crítico. Así, por ejemplo, si constase que Cervantes escribió un Buscapié, y este hubiese aparecido por primera vez en lengua extrangera, el modo en que llegó á manos del editor el ejemplar de Cervantes seria

cuestion curiosa de muy diversa importancia que la cuestion crítica. Así, sabido que Ciceron escribió un tratado de república que se ha impreso en nuestros dias, es cosa secundaria el cuento de cómo vino á manos de Maffei. Y tan palmario es esto, que otras veces se sabe minuciosamente la peregrinacion curiosa de los manuscritos, y sin embargo no influye en la decision de la crítica como se ha visto en los tesoros de Mántua, hallados por Annio de Viterbo, en el Evangelio griego del Doctor Simonides, en los pergaminos de Rowley, en el Buscapié de la Isla de San Fernando, y en otros muchos casos. Segun mi cómputo, tres años (por lo menos) estuvo Moraes en Paris en su primer viage, porqne en el extracto que hace Barbossa Machado de sus obras se halla la siguiente: «Relacion de las fiestas que el Rey de Francia Francisco I hizo en las bodas del Duque de Cleves y de la Princesa de Navarra en el año de 1541.» Es decir, que Moraes se hallaba en este año en Paris y como miembro y parte de la embajada portuguesa asistió, vió y presenció estas fiestas y las puso per escrito para conmemorarlas. En tres años, que positivamente se sabe que allí estuvo, tenia sobrado tiempo para éscribir el Palmerin, y así se explica perfectamente el comienzo de su dedicatoria.

Pero lo original en el orígen portugués palmario del Palmerin es que esta palma, no solo aparece en el vecino reino diez años despues que en España, sino que el editor Andres de Burgos, al imprimirlo en 1567 en Evora, donde probablemente residia Moraes, (1) lo pre-

(1) Barbossa en la biografía de esto escritor (muy concisa por cierto) dice: «Fué asesinado en la puerta del Rocío de la ciudad de Evora, donde estaba la córte en 1572 » Biblioteca Lusitana.

senta sin dedicatoria y sin el nombre de este autor, y de aquí uno de los argumentos del señor Gayangos para sostener su procedencia hispana. Sobre estos hechos no hay duda alguna completamente fundada, aunque se mencionan dos circunstancias notables, de las cuales hablaremos despues mas por extenso. Una es, que los ejemplares de la edicion de Evora existentes están muy injuriados: otra es, que se habla de una edicion del Palmerin, hecho con anterioridad en el extrangero. El señor Mendez explica la aparicion anónima del poema diciendo: que llegado Moraes á Lisboa y viniendo el libro del extrangero, la dedicatoria manuscrita y sin permiso de la Infanta que la autorizase salió el Palmerin anónimo. Esta explicacion, declaro con toda franqueza y llevando la imparcialidad por guia, que no me satisface, á no ser que se demuestre que Moraes no regresó á Portugal hasta 1566; pero tambien digo, que sea cualquiera la causa el hecho significa poco en la cuestion presente. La circunstancia de aparecer la dedicatoria diez años despues del fallecimiento de Moraes, lo que mas me induce á creer, es que Moraes no quiso darse á conocer en vida por autor del Palmerin, ya por miedo á la inquisicion recientemente establecida por el Rey D. Juan, ya por otras consideraciones que se desprenden de la lectura del poema. Por mas que su monarca le colmase de favores y aun le concediese el título de Palmerin á él y sus descientes amen de otras mercedes, uno podia pensar la córte y otro el tribunal eclesiástico, y al cabo, quien no se presentaba públicamente como autor podia estar mas á cubierto de persecuciones. En 1592 ya habia fallecido, y apareciendo entonces el prólogo y dedicatoria de Moraes, lo primero que esto indica es que los tales documentos fueron por él escritos y que él y no otro compuso el

libro que se imprimia, en cuyo caso se debieron encontrar entre sus papeles y con encargo de que se pusiesen en las nuevas ediciones, pues nadie imaginará que la dedicatoria fuese invencion del editor Alonso Fernandez.

Esta es una manera de explicacion, que puede no satisfacer tampoco, principiando porque á mí no me contenta de todo en todo. Veamos otra. El librero Simon Taddeo Ferreira, que imprimió el Palmerin en Lisboa en 1786 dice: que los rarísimos ejemplares que pudo ver de esta edicion (la de 1567) fueron dos: uno en la biblioteca del Palacio de las Necesidades y otro en el colegio de San Bernardo de Coimbra, ambos *sin portada y sin dedicatoria.* ¿Era esto á consecuencia de la injuria del tiempo ó del descuido y mal trato, ó porque no las tuvieron nunca? No se expresa el editor con bastante claridad. Mas bien puede congeturarse que faltasen las primeras hojas á los dos ejemplares, que no creer que careciesen de portada, cosa esencial en todo impreso. Si solo asegurase que no tenian dedicatoria, no habria reparo en conceder que el Palmerin salió anónimo en 1567, en vida de Moraes; pero añadiendo que carecian tambien de portada, parece mas bien ser efecto del poco cuidado ó de la injuria del tiempo. ¿Quién sabe si en esta ó en la extrangera de que se habla se vió el nombre de Moraes? ¿Quién sabe si la muerte violenta que sufrió no fué venganza por el colorido desfavorable y duro con que pinta el carácter y la sociedad de París y especialmente el de los caballeros cortesanos? ¿Quién sabe si fué efecto de los celos inspirados por sus célebres amores con la doncella Torsi, dama de la Reina, amores que indiscretamente confió á las cien leguas de la fama? Nada mas probable, pero como esto es caminar por la ancha vía de las conjeturas, quiero admitir en hora buena que el

poema corrió anónimo en vida de Moraes, y que no se supo de su participacion en él hasta 1592, ó sean veinte años despues de su muerte, veinte y cinco despues de la edicion de Evora, treinte y siete despues de la francesa de Leon y de la italiana de Venecia, cuarenta y cinco despues de la española de Toledo y cuarenta y nueve ó medio siglo despues de la época en que se calcula que debió escribirlo. ¿Significaria esto jamás que no fuese su autor? ¿No ha sucedido esto en todos tiempos con multitud de autores? ¿Qué diria el señor Gayangos si á principios del siglo XVII un literato francés ó portugués hubiese visto y leido la Miscelánea del Licenciado Porres que corria por Sevilla, y hubiesen traducido las novelas del Celoso Extremeño y Rinconete y Cortadillo, como obras originales del Licenciado? Pues en verdad, que razones tendrian los traductores y el público para atribuirlas al Racionero Sevillano, cuando no habia quien reclamase su propiedad. El discurso de Bosarte se apoyaba en circunstancias idénticas á aquellas de que se pretende sacar partido para declarar obra española el Palmerin. Cervantes vivía, era el autor verdadero de estas dos novelas, y sin embargo salian anónimas y amparadas bajo el nombre de Porres de la Cámara, y cuantos leyeron por algunos años la Miscelánea, no conocieron otro autor que aquel que la compuso y formó en obsequio del Arzobispo Guevara. ¿Cómo vinieron á su poder los manuscritos? ¿Cómo Cervantes en doce ó quince años las dejó correr anónimas? Pero aunque las dejara correr medio siglo fuera lo mismo para la crítica. La verdad es, que si como fueron novelas hubiese sido un libro de caballerías y la época (tan loca por ellos como en 1547), le hubiese hecho vertir en extraño idioma, el traductor habria podido decir, una de

dos: ó que era suyo, como dijo Ferrer en Toledo, escrito en sus ratos de ocio; ó que era de un dignidad del Cabildo sevillano. ¿Quién habia de reclamar en nacion extraña, cuando Cervantes no reclamaba en la propia? Y si los críticos no tenian ojos, ¿qué valdria la declaracion de Cervantes contra el hecho de haber corrido sus dos novelas años antes bajo la paternidad del Racionero Porres? Supongamos aun, que Cervantes no hubiera hecho la edicion de sus novelas en vida, sino su muger despues de su muerte, como la del Persiles: ¿dejarian por esto de ser suyas? ¿No está ahí la Tia fingida que se ha impreso al cabo de muchos años? Luego la aparicion del nombre de Moraes en 1592, despues de su muerte y habiendo salido el Palmerin anónimo durante su vida, nada prueba y en nada obsta para atribuir su composicion á Moraes.

Pero en este estado surge otra dificultad ó cuestion. ¿Cómo Cervantes que publicaba el Quijote en 1605, cuando ya la edicion de 1592 habia dado á conocer á Moraes, atribuye el poema á un Rey de Portugal? El caso es algo embarazoso, así para el señor Mendez que sostiene á Moraes como para el señor Gayangos que sostiene á Hurtado. El primero, previendo que esta era una pregunta inevitable, dice que Cervantes concluyó el Quijote muchos años antes de darlo á la imprenta, y que por eso no tuvo noticias de la edicion de Lisboa de 1592. El señor Gayangos contesta que siendo el Quijote engendrado en una cárcel y sabiéndose que «esta prision debió verificarse entre el año de 1598, que salió de Sevilla, y el de 1603, en que de resultas de la muerte dada á un extrangero en Valladolid y á pocos pasos de la casa en que vivía Cervantes, volvió este á ser preso, tiempo sobrado para que una edicion del Palmerin publicada en 1592 con

el nombre de Moraes, llegase á su noticia.» Varias cosas tengo que considerar en esto. Ante todo me felicito por ver que el señor Mendez opina como yo respecto á la composicion del Quijote, asunto en mi concepto trabajado por Cervantes durante veinte años, pues ya casi le anuncia en el prólogo de La Galatea, cuando «otras (obras) ofrece para adelante *de mas gusto y mayor artificio* » Ahora bien, despues de La Galatea no ofreció al público otra sino el Quijote, elaborado en los veinte años en que durmió en el silencio del olvído. El Quijote es sin duda el designado por las expresiones de *mas gusto y mayor artificio* y no las comedias ni las novelas en donde no hay el *artificio ni el gusto* que el Quijote encierra. Soy en esto consecuente con mi declaracion de desechar toda clase de autoridades donde está la de Cervantes, y por mas que se haya dicho por los señores Quintana, Rios, Clemencin, Navarrete, Aribau, Hartzenbusch el articulista y otros cuyos trabajos literarios honran á nuestra literatura, sigo á Cervantes.

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

(Se continuará).

VARIEDADES.

Dias hace que ha sido publicado el segundo tomo de la obra que con el título de *Historia crítica de la literatura española* escribe el eminente literato y profundo crítico D. José Amador de los Rios. Este segundo tomo es un nuevo monumento que erige nuestro digno colaborador en su carrera literaria, y que viene á confirmar las altas y relevantes dotes del ilustre catedrático de literatura española de Madrid.

Ocioso será recomendar esta obra á nuestros lectores, toda vez que el solo nombre del autor basta para ello; sin embargo ofrece este segundo volúmen ilustraciones dignas de estudiarse por el sábio y por todo aquel que anhele conocer profundamente la historia de nuestra literatura.

Por falta de espacio no nos hemos ocupado en el número último de la recepcion en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras del Sr. D. Cayetano Fernandez, abogado de los tribunales del reino y uno de los mas afamados oradores sagrados. No queremos hoy dejar pasar desapercibido este suceso sin consignar en cortos renglones nuestros plácemes al nuevo académico por su brillante discurso, así como al Sr. D. José Fernandez Espino, por la grande erudicion y depurado gusto que hizo ostensibles en la contestacion al señor Fernandez.

Por todo lo no firmado el secretario de la redaccion Francisco de Salas y Ruiz.

F. y E. R. D. Manuel Merry y Colon.